

1807

1807

2
11

P
2013

B.P. 23 8-11



6109 320
D-2 1031



LA PATRIA DE MIS SUEÑOS

94328

D-2

15811

OBRAS DEL MISMO AUTOR

AVES SIN NIDO, poemas, con una poesía-prólogo de Manuel Reina (segunda edición), 2 pesetas.

LA VIDA HUMILDE, poesías, 3 pesetas.

LOS QUE MIRAN MÁS ALLÁ, poemas, 3 pesetas.

LA POESÍA EN EL MUNDO, poesías, con ilustraciones y retrato del autor, 2 pesetas.

ALMAS DE NIÑOS, cuentos, con retrato del autor, 0,75 pesetas.

DE LA TIERRA ESPAÑOLA, cuentos, con ilustraciones, 3 pesetas.

LA CASA DE CÁRDENAS, novela, con dibujos de Gili y Roig, 2 pesetas.

LA CIENCIA DEL DOLOR, novela, con dibujos de Francés, edición de *El Cuento Semanal*.

LA COLETA DEL MAESTRO (zarzuela), una peseta.

EL ÚLTIMO CUENTO AZUL, cuentos, edición de la Biblioteca «Patria», una peseta.

POR LA ESPAÑA DESCONOCIDA: Notas de una excursión á La Alberca, Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia. Edición de *La Ilustración Española y Americana*.

~~R. R. R. R.~~

M. R. BLANCO-BELMONTE

10
117

B^o 1185

LA PATRIA DE MIS SUEÑOS

POEMAS



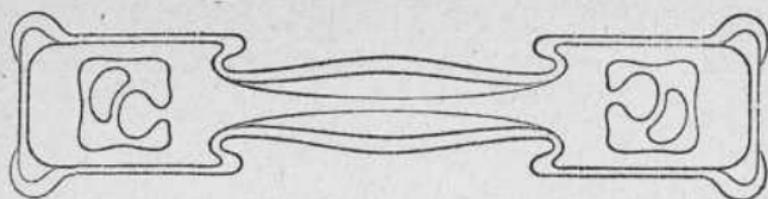
MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA».
Paseo de San Vicente, núm. 20.

—
1912



*Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*



LA PATRIA DE MIS SUEÑOS

I

Con esa fe magnífica, con esa fe bendita
Que en los creyentes pechos espléndida palpita
Y es mágica esperanza y es himno y oración,
Yo cifro en lo futuro fantásticos empeños
Y aguardo esperanzado la patria de mis sueños,
¡La patria que ambiciona mi humilde corazón!

Acaso, cuando nazca mi patria, yo habré muerto;
No siempre el peregrino que va por el desierto
Consigue en el oasis tranquilo reposar;
No siempre en los carbones de la profunda mina
Encuentran los mineros la piedra diamantina
Que al transcurrir el tiempo cual sol ha de brillar.



Yo sé que es la existencia cual la perlina gota
Que en la alborada muere y en la alborada brota,
Y sé que los que luchan no siempre han de vencer;
Pero al mirar mis sueños abrirse como flores,
Recuerdo que en la vida los grandes redentores
Son héroes de mañana, son mártires de ayer

Quando la sangre riega los campos de combate,
Suspiro por la patria que en mis ensueños late,
Y temo que los hombres, con furias de Caín,
Destrocen esa vida que á palpitar se atreve
Como palpita el tallo bajo la blanca nieve
Que cubre en el invierno la pompa del jardín.

Mas no; que la esperanza con deslumbrante rayo
Nos muestra los vergeles donde florece Mayo
Radiante de belleza, de aromas y arrebol;
Y siempre á la tormenta sucede la bonanza,
Y al triste desconsuelo la fúlgida esperanza,
Y á la nocturna sombra la majestad del sol.

II

Mi patria, no nacida, tendrá por liminares
Todas las anchas tierras y los profundos mares
De Oriente hasta Occidente, del Sur al Septentrión;
Y acatarán rendidos sus admirables leyes
Sultanes y jedives y príncipes y reyes...
¡Cuantos empuñan cetro! ¡Cuantos señores son!

En la invencible flota, como la patria fuerte,
No formarán rapaces las aves de la muerte:
Los barcos de rapiña, los cuervos de la mar;
Ni anunciará destrozos ni ostentará cañones,
¡Será el amante lazo tejido por regiones
Que viven cual hermanas ausentes del hogar!

Su ejército naciente, ya existe, ya batalla;
No canta sus victorias la horrisona metralla,
No empuñan los soldados mortífero fusil,

No aprestan á la lucha punzantes bayonetas,
No invitan á la muerte gritando las cornetas,
Ni el hierro se envilece con fratricidio vil.

 Cuando despunte el alba, mirad la madre tierra
Y ved á los que en ella sostienen brava guerra;
Mirad los que el terruño se afanan por romper;
Mirad los que trabajan radiantes de alegría,
Y ved en esos hombres la honrada infantería
Que tiene por cuarteles el campo y el taller.

 Seguid, seguid atentos, mirad los escuadrones
Que avanzan conduciendo riquísimos montones
De rubicundo trigo, que ha de tornarse pan;
Mirad los que transportan los frutos sazonados,
Y ved en esos hombres los rústicos soldados
Que á la bendita patria laureles brindarán.

 Mirad, mirad los puentes que encorvan las espaldas;
Mirad las carreteras que trepan por las faldas

Venciendo de los montes la impávida altivez;
Mirad á los que trazan canales y senderos,
Y ved cómo batallan los nuevos ingenieros
Mostrándonos pacíficos su noble intrepidez.

Y en minas y en canteras la pólvora triunfante
Pregonará el esfuerzo de la legión gigante
Que al hierro y al granito combate con tesón;
Y cuando truenen roncros petardos y barrenos
Veréis los artilleros impávidos, serenos,
Lanzarse á la conquista del bloque ó del filón.

Y acabarán las luchas y cesarán las quejas,
Y espadas y cañones se fundirán en rejas,
Y, de la nueva aurora á la fulgente luz,
Veréis á los soldados con gubias y cinceles,
Con picos, azadones, escoplos y troqueles...
¡Con armas del trabajo, que es redención y cruz!

III

Mi patria será nido de dichas y de amores,
Y en ella no habrá siervos, ni esclavos, ni señores,
Ni envidias, ni traiciones, ni llanto, ni dolor;
Y, con acento dulce, cual delicado aroma,
Fundiendo los idiomas en un hermoso idioma
La gran familia humana proclamará el amor.

Y el mundo será un pueblo sin yugo ni frontera,
Un pueblo cobijado bajo la azul bandera
Que el sol recama y borda con inextinto arder;
Y acaso, en noble arranque de mágico embeleso,
Hasta la nueva patria, para ofrecerle un beso,
El palio de los cielos se digne descender.

Y así ha de ser la patria que nacerá algún día,
Y así será la patria que sueña el alma mía

En sueños luminosos de soñador tenaz;
Y así será la patria, ¡la patria de mis sueños!
¡La patria en que abrazados los grandes y pequeños
Entonen trabajando los himnos de la paz!



NUEVO ROMANCERO

LA NOCHEBUENA DEL CID



NUEVO ROMANCERO

LA NOCHEBUENA DEL CID

I

En tierra de moros lucha
Cid Rodrigo de Vivar;
En tierra de moros vence
El glorioso capitán
Que ensancha en tierra de moros
El castellano solar,
Y que al blandir su tizona,
Como guadaña ideal,
Va cosechando laureles
—Prendas de honor y lealtad—
Desde Cardeña á Murviedro,



Desde Monzón hasta el mar.

Lo que perdió el rey Rodrigo

En tiempo lejano ya,

Quiere ganar con su brazo

Cid Rodrigo de Vivar;

Que si antaño erró un monarca

Á impulsos de torpe afán,

Al buen vasallo le cumple

El desacierto enmendar.

II

Castilla va con Rodrigo;

Con el Cid, Castilla va;

Que Castilla, noble y grande,

Tiene un trono y un altar

En el alma grande y noble

De su Campeador leal:

Alma austera, brava y fuerte,

Alma toda majestad,

Como las pardas llanuras
Del castellano solar;
Como esos campos desiertos
Sin sonrisas de rosal;
Pero alma, como esos campos,
De hermosa fecundidad,
Que en los pechos es virtudes
Y en los triguales es pan.

Castilla está con Rodrigo;
Con el Cid, Castilla está;
Que es el alma de Castilla
Cid Rodrigo de Vivar.

III

En las vegas valencianas,
Orgullo del musulmán,
Ha acampado con su hueste
Cid Rodrigo de Vivar,
Y allí su pendón de guerra

Flota en los aires audaz
Como amenaza de muerte,
Como terrible alcotán
Que nunca teme ser visto,
Pues siempre sabe triunfar.

Y al morir envuelta en sangre
—Como en púrpura imperial—
Una tarde de Diciembre
Llena de encanto sin par,
Brotan alegres rumores
Que en alas del viento van
Hasta las tropas muslimes
Que defienden la ciudad.
¡Todo es júbilo en la hueste
De Rodrigo de Vivar!

IV

Mientras al arder las jaras
Luz, calor y esencia dan;

Mientras cantan los soldados
Y, como antaño en su hogar,
Dicen en los villancicos
Palabras de amor y paz
Anunciando la llegada
Del Sol de la Humanidad,
Con Martín el Asturiano,
Su amigo y deudo leal,
Y con el bravo Álvar Fáñez,
En la lid el más tenaz,
Celebra largo consejo
Cid Rodrigo de Vivar.

Y hay en su rostro tristeza,
Y hay tristeza en su ademán
Cuando Martín y Álvar Fáñez,
Con justa severidad,
Puesta la mano en el pecho
Dictan sentencia fatal.

V

Á la tienda donde yacen
Diez soldados de Aliatar
Que intentando al Cid dar muerte
Perdieron la libertad,
Llegóse con ceño adusto
Cid Rodrigo de Vivar.

Tendió la potente diestra
Con el sublime ademán
De un sembrador que á los surcos
Lanza simiente ideal;
Y con voz pausada y firme
Así habló el Cid:

—Escuchad:

Vosotros, los miserables
Que á traición y con puñal
Quisisteis romper mi vida...
¡Libres sois! ¡Podéis marchar!

En nombre de Dios, que al mundo
Hoy dió ejemplo de humildad,
Yo os perdono.

.....

Y, de esta suerte,
Henchida el alma de paz,
Celebró la Nochebuena
Cid Rodrigo de Vivar.



¡ESPAÑA!



¡ESPAÑA!

Aunque abatida por horrible angustia,
Cual azucena mustia,
Inclines tu cabeza soñadora
¡Yo te amo, Patria, con amor inmenso;
Que el cariño de un hijo es más intenso
Cuando su madre llora!

Como ruedan las hojas amarillas
Que arranca al roble el ábrego iracundo,
Ruedan por tus mejillas
Lágrimas tristes de dolor profundo.

¡No llores, Patria! Que en tu noble frente
Hay lauro en cien batallas conquistado:
Para llenar de gloria tu presente
Basta con el recuerdo del pasado.

Puso Dios en las flores, dulce aroma;
En el fondo del mar, rojos corales;
Arrullo blando, en la torcaz paloma;
Luz en los astros; miel en los panales;
Música en los oscuros ruiseñores;
Horror en la borrasca embravecida;
En el iris, purísimos colores,
Y en el nombre de Patria bendecida
El más sublime amor de los amores.

Amor, sublime amor, amor tan puro
Cual del salterio la vibrante nota,
Cual la plegaria que en el templo obscuro
Sobre la nube del incienso flota.
El amor á la Patria es una hoguera

Y á su ardiente inextinta llamarada
Se temple el corazón y el alma entera
Como en el yunque la fulmínea espada.

Por ese amor los cisnes brilladores
Se convierten en fieros alcotanes,
En Viriatos los rústicos pastores,
En mártires egregios los Guzmanes;
Por amor á la Patria, el gran Pelayo
Enarbola señera sin mancilla;
Por ese amor se escribe un Dos de Mayo,
Y alienta un Cid que el reino de Castilla
Ensancha al galopar de su caballo.

¿Qué es la Patria?... Es un sol que centellea
Sobre el horrendo campo de pelea;
Es un sol que en el turbio Guadalete
Como sangriento corazón palpita,
Un sol que dora el alto minarete
De la Alhambra arrancada al Nazarita.

La Patria es manto regio desgarrado,
Es el sudario del vencido moro,
Es un rayo de sol bello y dorado...
¡Bendiga Dios su símbolo sagrado:
La bandera teñida en sangre y oro!

No, la Patria no es sólo el estandarte
Que en la almena del recio baluarte
Ó en el picacho del abrupto monte
Como jirón de gloria al aire ondea.
No, la Patria no es sólo el horizonte
Que limita los campos de la aldea;
No es sólo el dulce idioma en que aprendemos
Á balbucir plegaria bendecida,
Idioma dulce en que el adiós daremos
Cuando el término llegue de la vida.
¡La Patria es mucho más! Es tierno lazo
Que une á los seres en estrecho abrazo;
Es madre que con fervido cariño
Adopta al pobre expósito sin nombre,

Es blanda cuna donde duerme el niño,
Es un altar donde se postra el hombre.

Tiene la Patria mía,
Cual recuerdo de glorias que pasaron
Mosquetes que rugieron en Pavia,
Cañones que en Lepanto rebramaron,
Broqueles que en Otumba se rompieron,
Astillas de las naves arrojadas
Que en Trafalgar se hundieron,
Y olímpicas espadas
Que en Bailén, con esfuerzo sin segundo,
Hirieron á las águilas airadas
Que volaban triunfantes por el mundo.

.....

Como luce la enseña redentora
En el templo sagrado,
Así la Cruz destella brilladora
En el pecho del pobre Juan Soldado.
El templo de la Patria bendecida

Es el pecho del hijo que, en campaña,
Con épico valor y frente erguida,
Muere... ¡porque su Patria tenga vida!
Y da su sangre... ¡por salvar á España!

Cuando mi cuerpo débil y rendido
Por los embates de contraria suerte
—Como un esquife en ancho mar perdido—
Logre arribar al puerto de la muerte,
Yo no quiero ataúd, ni férrea caja,
Ni mármóreo sepulcro, ni mortaja;
Yo quiero en ansia loca
En la fosa común encontrar lecho,
Besar su tierra con mi muerta boca
Y estrechar á mi Patria contra el pecho!



VOCES DE AYER





VOCES DE AYER

Al pie de estatuas yacentes
Que, en sarcófagos lucentes,
Adornan las catedrales
Y las viejas abadías,
Silenciosos y leales,
Cual recuerdos de otros días
De pasadas alegrías
Y de tristezas mortales,
En mármoles brilladores
Que tallaron los cinceles
De inspirados escultores,
Surgen los finos lebreles
Como humildes guardadores

Siempre fieles

De aquellos muertos señores
Que, en la pretérita edad,
Fueron de la mocedad
Á la augusta senectud
Guardando hasta el ataúd
La santa fidelidad.

Cuando besando la frente
De una escultura yacente,
Que evoca la gentileza
De femenil hermosura,
Un ángel todo blancura,
Juntando las manos, reza...
Dice á cuantos saben ver
Y á cuantos saben sentir,
Que, alejada del placer,
Viviendo honrado vivir,
Fué la beldad soberana
Noble doncella cristiana,

Amante, sencilla y buena
Con exquisita bondad:
Como fragante azucena
De pureza y castidad.

 Cuando en la piedra esculpido
Luce el montante bruñido,
Imagen de hidalgo acero,
Habla del bravo guerrero,
Del adalid legendario,
Que, en más de un combate fiero,
Con empuje extraordinario,
Cual cumplido caballero,
Luchó con el mogrebita,
Salvó á la patria bendita,
Y, por su Dios y su dama,
Á la ciudad Nazarita,
Á las murallas de Alhama
Y á la soberbia Mezquita
De la rival de Bagdad,

Llevó la Cruz redentora,
La misma Cruz salvadora
Que en su espada brilladora
Dice: «¡Valor y lealtad!»

.....

Cruces, ángeles, lebreles,
Que, tallados por cinceles,
Lucís en las catedrales
Y en las viejas abadías,
Cual recuerdos de otros días
De pasadas alegrías
Y de tristezas mortales:
Cuando las melancolías
Me envuelven con negros velos
Y olvidando á mis abuelos
Me asaltan dudas impías....

Beso la Cruz redentora
Del caudillo legendario
Que humilló á la hueste mora;

Beso al ángel funerario
Que otras centurias añora,
Y beso al noble lebrel
Que aun parece que avizora
Por si algún riesgo amenaza
Al dueño que sirvió fiel...

Y entonces pienso en mi raza,
Y para ella, con tristeza,
Inclinando la cabeza
Con pesadumbre cruel,
Pido: la santa pureza
Del ángel todo blancura;
El valor, la fe segura

Del guerrero
Que estrecha la cruz de acero
Fingida por el cincel,
Y con ansia pido y quiero
Que vuelvan al pueblo ibero
¡Las lealtades del lebrel!

LOS CABALLEROS DEL IDEAL



LOS CABALLEROS DEL IDEAL

I

¡Allá van!... Ciñen su frente soberanos resplandores;
Allá van en sus corceles, que caminan voladores
Y galopan aguijados por la espuela del afán;
Allá van arrebujaos en ropones orientales,
Y, al surcar en sus bridones los desiertos arenales,
Paladines del Enigma, nadie sabe dónde van.

¿Quiénes son?... En sus miradas, siempre fijas en la
[altura,
Hay un mundo de esperanza y otro mundo de ternura,
Y en sus labios la sonrisa se hace espuma de ilusión;



La nobleza de su estirpe en su porte se delata,
Visten túnica de seda, lucen manto de escarlata,
Peregrinos del Misterio, nadie sabe quiénes son.

Han hollado la soberbia de la cima de los montes;
Han cruzado la llanura, y, en remotos horizontes,
Han buscado entre fulgores los laureles de su afán;
En el hambre y el cansancio han tenido compañeros,
Y allá van los ignorados, los sublimes caballeros,
Los que alzando la mirada saben siempre adónde van.

II

Uno, lleva en la cabeza la blancura bendecida
De la nieve amontonada en las cumbres de la vida,
Y conserva de las cumbres la magnífica altivez:
Es un sabio venerable, que, al final de la jornada,
Brinda al mundo, cual ofrenda deliciosa y perfumada,
La experiencia de los años: el panal de la vejez.

Otro, tiene en sus dominios á millones los esclavos,
Los diamantes á torrentes, y, elegidos entre bravos,
Diez mil guardias que protegen sus tesoros de sultán;
Por encima de sus timbres, que son cifras de nobleza,
Se destaca cual un astro el poder de su riqueza,
Que es el sol de las codicias y á la vez eterno imán.

El tercero es un monarca con pupilas de profeta,
Con alientos de caudillo, con ternura de poeta
Que se olvida de ambiciones cuando pulsa su laúd;
En la paz y en el combate es magnánimo y prudente,
Y al marchar enamorado de un lucero refulgente
Va mostrando como joya su lozana juventud.

III

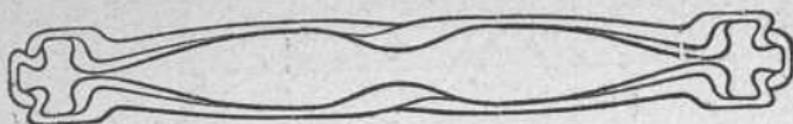
¡Ya llegaron! Un lucero, flor del iris, fué su guía.
¡Ya llegaron! En sus pechos brota un himno de alegría
Cual la aurora entre las sombras que se tñen de arbol.

¡Ya llegaron! Y en el polvo, donde duermen cien edades,
Se prosternan los monarcas. Sus gloriosas majestades
Palidecen como estrellas al nacer un nuevo sol.

Allí humildes aprendieron las lecciones sin segundo
Del ejemplo prodigioso del que rige cielo y mundo
Y del cielo al mundo viene por escala toda luz;
Allí humildes aprendieron los monarcas soberanos:
Que los hombres son iguales, que los hombres son her-
[manos
Y que son sendas de gloria las que llevan á la Cruz.

.....
Peregrinos de la vida que vagáis por el Desierto,
Los que en busca de Jordanes encontráis sólo un Mar
[Muerto
Y vivís enamorados de una estrella celestial:
Si soñáis un mundo nuevo todo luz y redenciones,
Caminad cual los tres Reyes y elevad los corazones...
¡Más allá del sacrificio os espera el Ideal!

ETERNIDAD DE AGAMENÓN



ETERNIDAD DE AGAMENÓN

I

Allá va el noble guerrero,
El valiente Agamenón,
El luchador todo acero
Que en las estrofas de Homero
Ruge cual bravo león.

Su alma, que es limpio broquel,
Refleja el sol de la gloria,
Ciñe su frente el laurel,
Y el clamor de la victoria
Resuena siempre por él.

Hoy tiembla el guerrero fuerte
Ante su invicta legión;
Porque hoy el augur le advierte
Que el hado quiere la muerte
De la hija de Agamenón.

De Ifigenia, la doncella
Hermosa y angelical,
La que es, como Palas, bella;
La que tiene alma de estrella
En su cuerpo escultural.

Y en la llanura troyana,
Para que venza mañana
De los griegos la legión,
Sucumbe la flor lozana
Del amor de Agamenón.

II

Desplegada la bandera,
Pronta á luchar y vencer,
Hay una hueste guerrera
Que marcha al combate fiera,
Como la legión de ayer.

Es el Bien frente del Mal;
Es, contra Arimán, Ormuz;
Es la Belleza ideal
Que entre la sombra fatal
Busca el triunfo de la luz.

Y aunque es cierta la victoria
Del que lleva por broquel
Un alma con sed de gloria,
En los triunfos de la Historia
Hay sangre al par que laurel.

Pues al rendir la jornada,
Por la victoria final,
Se ha de llorar inmolada
Una ilusión bien amada:
¡Una Ifigenia ideal!

III

No hay lienzo, estatua ó estrofa
Que, aunque del vulgo sea mofa,
No llegue á mi corazón.
Toda labor es conquista,
Y es el alma del artista
¡El alma de Agamenón!



TEMPLO CERRADO



TEMPLO CERRADO

Como nidal sin aves, como colmena muda,
Como jardín sin flores, como desierto hogar,
Al borde del riachuelo, sobre la peña ruda,
Abandonada y sola, la fábrica está muda,
Sin que el taller alegren los himnos del telar.

La fábrica está triste, parece un cementerio;
Gigantes esqueletos los artefactos son;
El polvo los envuelve, y, en lúgubre misterio,
Batanes y telares semejan un salterio
Que guarda para siempre su rítmica canción.

Allí se alzó robusto, como pujante roble,
El tejedor humilde que levantó el taller,
Y al lado del abuelo, honrado al par que noble,
El padre, floreciendo cual vástago del roble,
Dió al hijo la enseñanza del arte de tejer.

Entonces, dulcemente, la fábrica reía,
Sonaba á carcajadas el golpe del batán,
Hallaba la familia sustento y alegría,
Y, al palpitar vibrante, la fábrica reía
Como forzado obrero cuando conquista el pan.

Y era la vida fácil y la jornada breve;
Y era el taller un templo de soberano amor;
Y era, con fe en el alma, cualquier esfuerzo leve,
Y era la vida fácil y la jornada breve
Por el trabajo augusto, sublime redentor.

II

La fábrica está triste, el templo está de duelo,
El polvo y el silencio envuelven al telar;
Al ver morir su industria, murió el humilde abuelo,
Y la familia triste dejó el nativo suelo
Buscando tras los mares asilo y bienestar.

Al pie de la turbina veloz se precipita
El agua bullidora que aliento le infundió,
Con ella la esperanza florece y resucita;
Por el sudor del bueno el agua está bendita,
Y para darle auxilio del monte descendió.

¿Se han ido los hijuelos? ¡Que vuelvan sin demora!
¡Que vuelvan á su patria! ¡Que vuelvan al taller!
En la corriente clara del agua redentora,
España—dulce madre que sus ausencias llora—
Les brinda cual promesa la gloria de vencer.

¡Que vengan los honrados! ¡Que venga sin tardanza
El que emigró cediendo á impulsos de ambición!
¡Regresen los que aun sueñan con sueños de esperanza!
¡Regresen los humildes! ¡Regresen sin tardanza
Los que en España piensan con todo el corazón!

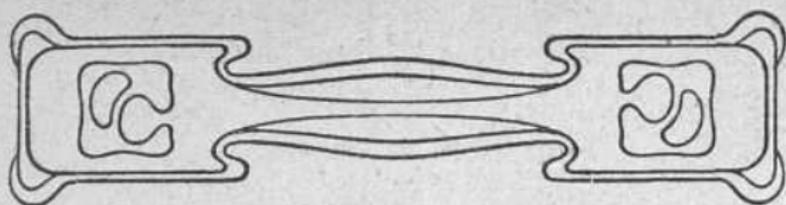
¡Que tornen los que hambrientos cedieron á la duda!
Hoy faltan muchos brazos que muevan el telar.
La patria, quebrantada tras la batalla ruda,
De todos necesita...

¡La fábrica está muda
Como nidal sin aves, como desierto hogar!

Béjar, 1908.



EL PESCADOR DE ESTRELLAS



EL PESCADOR DE ESTRELLAS

Retumbando, retumbando
Se fué lejos la tormenta;
La lluvia arrancó perfumes
Á jaras y madre selvas;
Cayó la paz de la tarde
Sobre la tranquila aldea,
Y el cielo, libre de nubes,
Desplegó su pompa eterna
Como gigantesco lirio,
Todo azul, todo pureza.

Lentamente, lentamente,
Cual temblorosas luciérnagas,
Á la flor azul del cielo
Se asomaron las estrellas;
Brillaron sobre las cumbres,
Empenacharon la sierra,
Y eligieron como espejo
Para copiar su belleza
Una charca que la lluvia
Formó al desgranar sus hebras
En la mitad de la plaza
De la solitaria aldea.

Era la charca un joyero
De sin par magnificencia,
Era estuche de zafiro
Todo lleno de riquezas,
Era copa de diamantes,
Era tesoro de perlas,
Era sueño de fulgores

De deslumbrante opulencia,
¡Era el beso de los cielos
Iluminando la tierra!

Gravemente, gravemente,
En la plaza de la aldea,
Sentado junto á la charca,
Con un bastón y una cuerda,
Un capullito de vida,
Un niño todo inocencia,
Mirando al cielo en el agua
Practicaba extraña pesca.
—¿Qué estás haciendo?—le dije.
Alzó el niño la cabeza
Y contestó candoroso:
—¡Quiero pescar una estrella!

.....

Y, al cruzar por este mundo,
Cuando rugen las tormentas,

Cuando azotan las pasiones
Los campos de la conciencia,
Con las alas del recuerdo
Vuelo á la paz de la aldea,
Y admirando á los que luchan,
Yo bendigo á los que sueñan:
Á las almas que, en los lagos
Donde su alma se refleja,
Viven pescando ilusiones
¡Como el pescador de estrellas!



FE DE VIDA



FE DE VIDA

Respuesta á *Fin de raza* (1).

No bastan los insultos de los viles
Para que llegue el fin de nuestra raza;
¡Inútil es que luchen los reptiles
Lanzando al regio sol torpe amenaza!

Inútil es que en despechado alarde
Esgrimas contra España tu torpeza;
No ofendes, aunque insultes cual cobarde;
¡Para ofender te falta la grandeza!

(1) *Fin de raza* es un puñado de insultos, versificados y proferidos contra España desde lejanas tierras, por un escritor que halló en nuestra Patria hospitalidad generosa, y que salió de España por razones que en honor suyo es preferible no analizar.

Nunca tu pluma, á impulsos del encono,
Puede herir al que sabe despreciarte;
No llegarás del águila hasta el trono,
Por mucho que consigas arrastrarte.

Ni aun siquiera mereces el desprecio
De un pueblo que es asombro de la Historia;
Tu voz es sólo el blasfemar de un necio,
¡De un envidioso de la excelsa gloria!

Mi Patria estuvo y estará tan alta,
Que es intangible en su vital esencia;
Mi Patria tiene lo que á ti te falta:
Entusiasmo, valor, virtud, conciencia.

Como juglar que ante el señor se humilla,
Cruzaste la heredad de mis mayores,
Y á la hidalga limosna de Castilla
Respondes, cual ingrato, con rencores.

No muere, no, la España portentosa
Que esculpió en catedrales su plegaria;
Como flor de leyenda milagrosa,
España es un rosal que cada rosa
Sabe trocar en dulce pasionaria.

No muere, no, la cuna de gigantes,
Noble solar de egregios adalides;
¡Es inmortal la madre de Cervantes
Y no acaba la raza de los Cides!

La España toda sol, la que en Granada
Alzó la Cruz sobre el Imperio moro,
Puede ser pobre; pero, siempre honrada,
Guarda su Fe como el mejor tesoro.

Y esa es la Fe que, grande entre las grandes,
España difundió con su nobleza,
Y esa es la Fe que predicó en los Andes,
¡Y esa es la Fe con que tu madre reza!

Al insultar al pueblo castellano,
Insultas—¡y te jactas de ser hombre!—
A la madre del pueblo peruano,
Que se sonroja al pronunciar tu nombre.

¡De rodillas! ¡Cobarde! ¡De rodillas!
Tú que á mi España en español mancillas,
De tus iguales el lenguaje toma;
Nuestro idioma en tus labios sufre mengua:
Píde al reptil para el insulto lengua,
¡Mas no profanes el hispano idioma!



JOYA DE ÁVILA



JOYA DE ÁVILA

Bien hace el buen caballero
Que, empuñando firme acero
Sobre el mármol sepulcral,
Con expresión de bravura,
Velando está á una hermosura
Que duerme el sueño eternal.

Bien hace el rudo caudillo
—Que á su linaje dió brillo
Batallando por la Fe—
Cuando, en la piedra vetusta,
Protege á la dama augusta
Que yace en Santo Tomé.



Noble dama, gran señora
De majestad seductora,
De porte altivo y gentil,
Tiene en su imagen belleza
Que recuerda la pureza
De los lirios de marfil.

El tiempo transcurre en vano
Sobre el mármol soberano
Donde grabadas están
Las perfecciones de diosa
De la que educó, piadosa,
Al buen príncipe don Juan.

Flor de sonrisa en su boca.
En la nieve de la toca
Brilla su rostro de Abril,
Y mueve á tierno respeto
El cuerpo, cuyo secreto
Se oculta en amplio monjil.

¡No está muerta! ¡Está dormida!

Aun el ritmo de la vida
Quiere en su pecho alentar,
Y, en el templo solitario,
Las cuentas de su rosario
Aun se escuchan resbalar.

Descansa de la jornada,
Y, cual rosa perfumada,
Cierra su cáliz de miel;
Duerme con dulce recato,
Tal vez dócil al mandato
De su gran reina Isabel.

Duerme soñando con cielos
Donde nunca sienta celos
Su valiente campeón:
El de barba aborascada,
El de la tajante espada,
El de honrado corazón.

Duerme la rival preclara
De aquella ilustre Vergara
—Maestra en el arte de hablar,—
De la infanta Catalina,
De la sapiente Latina
Y de Florencia Pinar.

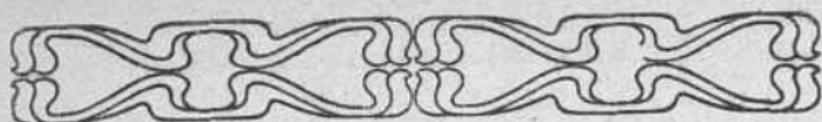
Duerme; que no se despierte
La que en su lecho de muerte
Aun mueve á la admiración;
Duerme la dama hechicera
De Dávila compañera
De los Velázquez blasón.

Y el esposo, siempre amante,
Estrecha el recio montante,
Y lo adusto de su faz
Y la hosquedad de su ceño,
Dicen: «¡Respetad el sueño!
¡Dejadla dormir en paz!»

No temas, buen caballero;
Abandona el firme acero
Que blandiste por la Fe;
Ante tu beldad discreta
Se arrodilla el que, poeta,
Visita á Santo Tomé.



EL CASTIGO DE EFIALTES



EL CASTIGO DE EFIALTES

I

Estremecióse de pavor la tierra;
El lejano horizonte
Apareció vistiendo arnés de guerra,
Y á la cima del monte
—Que cual soberbio bosque de granito,
En la orilla del mar surge arrogante—
Llegó de todo un mundo el ronco grito,
Llegó un fragor de tempestad gigante
Formada por horrisonos fragores
De huracanes, de monstruos y de atletas:
Era el redoble de diez mil tambores
Y el alarido de diez mil trompetas.

Al nacer en los brazos de la aurora
Lloró el sol en Oriente,
Como al entrar en la existencia llora
El pequeñuelo débil é inocente;
Y luego, al esparcir sus llamaradas
En la extensión del llano,
Dos millones de flechas y de espadas
Relucieron con brillo soberano,
Cual sí del sol los mágicos fulgores
Por obra de los dioses inmortales
Se trocasen en hierros punzadores:
En lanzas, jabalinas y puñales.

Era un mundo, era el mundo
Más grande y más terrible de la Historia;
Era el Imperio persa que iracundo
Avanzaba sediento de victoria;
Era un torrente desatado y ciego,
Era un volcán de orgullo y de pasiones,
Era el odio hecho carne toda fuego:

¡Era Jerjes lanzando sus legiones
Sobre la pequeñez del pueblo griego!

II

En la humilde cabaña,
Penacho de la aspérrima montaña,
Despertóse el zagal, un pequeñuelo
Que acaso por vivir siempre en la altura
Dejaba en sus ojitos ver un cielo
Y otro cielo en el alma noble y pura.

Nunca el zagal-artista
Pudo soñar en sueño de poeta
El cuadro colosal que ante su vista
Esbozaba la olímpica paleta
Del Irán caminando á la conquista
De un paso entre los riscos del Oeta.

Sin exhalar un grito
Oyó el niño vibrar las amenazas
De un ejército horrible é infinito,
Que compendiaba en su poder maldito,
Como Babel, las lenguas y las razas;
Que juntaba en su bárbaro lenguaje,
Desde el Zendo, á los dioses consagrado,
Hasta el feroz aullido del salvaje,
Y que arrastraba en férvido oleaje,
Cual un raudal inmenso desbordado,
Desde el Ario señor, en cuyas venas
Hay un blasón sin tacha ni mancha
Hasta la estirpe abyecta que se humilla
Por llevar en la piel tinte de penas.

Y como Grecia, luz de la mañana,
Del Arte soberana,
Supo entregarse toda y por entero
Para gloria inmortal de las canciones
Del egregio creador, del padre Homero,

Así el metal de todos los flones
Que la tierra guardaba en su venero,
Templándose en el yunque fué ilusiones,
Y para armar de Persia las legiones
Floreció transformado en limpio acero.

Revestidos con túnicas de malla,
Ansiosos de volar á la batalla,
Se agrupaban los Medos; Etiopía
Mostraba allí sus hijos más feroces;
Arabia, que empuñaba la gumia,
Daba al viento flotantes albornoces;
El pueblo Sagastirio
Agitaba mortíferos dogales;
Hercúlea maza, el implacable Asirio;
India, sus flechas; Tracia, sus puñales;
Sus dardos el Escita; los Misianos,
Y los Frigios, Gandorios y Bactrianos
Y otros cien pueblos más, rudos y fieros,
Se empujaban allí con sus guerreros,

Y llevaban, al cinto ó en las manos,
Cuanto decide de la humana suerte
En la lucha reñida,
Cuanto para oprimir discurre el fuerte,
Cuanto el odio aguzó contra la vida,
¡Cuanto el hombre inventó para dar muerte!

III

Con ansiedad punzante,
Desde el rústico trono de la altura,
Eurito, el pastorzuelo, vió anhelante
La irrupción del ejército pujante
Que cubrió con sus armas la llanura;
Y entre fragor de mar que ruga y choca
Y se estrella colérico en la roca
Y se retira y torna y se repliega
Y una vez y otra vez con rabia ciega
Vuelve á luchar con impetu creciente,
En el llano teñido en sangre hirviente

Miró el zagal las bárbaras legiones
Correr, chocar, ceder, tornar erguidas...
¡Y estrellarse de nuevo en los lanzones
De los trescientos héroes de Leonidas!

¡Bastaban los trescientos!
Más firmes que del monte los cimientos
Se hallaban los sublimes espartanos;
La Patria, con arrestos sobrehumanos,
Al elegir aquellos campeones
Atléticos, membrudos,
Hizo de hierro cascos y lanzones,
De hierro los escudos
Y de hierro, también, los corazones.

Tres jornadas de gloria
Lucieron cual laureles celestiales;
En vano buscó Jerjes la victoria,
En vano como tigres y chacales,
Afilando las garras y los dientes,

Lucharon cuerpo á cuerpo, brazo á brazo,
De Persia los valientes,
Esparta era el león, y á su zarpazo,
Al sacudir airado la melena,
Rodaba una falange destrozada:
¡Todo un mar enfrenado por la arena!
¡Toda una tempestad esclavizada!

IV

Cuando la enhiesta cumbre
Resplandeció con vespertina lumbre,
Cuando con ansia de admirar hazañas
Asomó en las montañas
La luna derramando sus fulgores,
En el silencio de la noche pura
Nació un rumor tejido de rumores
Brotados en la hondura.
Era rumor tan leve

Como el blando quejido de la nieve
Al sentir mancillada su blancura;
No era rumor de pájaro que vuela:
Era el crujir que anuncia la cautela
Con que para dañar marchan los viles,
Era el sordo rumor de los reptiles,
Era el rumor de la traición que vela.

Pequeño fué para encerrar su espanto
El corazón del infantil cabrero,
Cuando, entre brumas de dolor y llanto,
Por oculto sendero
Vió escalar la vertiente
—Con sigilo y astucia de serpiente—
Y llegar á la cumbre codiciada,
Á la cumbre del monte inexpugnable,
Una legión soberbia y formidable
Que llevaba en el rostro y en la espada
La amenaza brutal del que por fuerte
Guarda en el pecho sangre de tiranos:

La sentencia de muerte
De Esparta y de los nobles espartanos.

El amor á la Patria en fiero grito,
Á los labios de Eurito
Batalló por salir, inútilmente,
Al contemplar de la legión al frente,
Cual simbolo de infame cobardía,
Al miserable guía
Que reveló el secreto del atajo
Á las legiones medas...
¡Era un griego! Un pastor, que, cabizbajo,
Andaba acariciando las monedas
Premio de la traición ya consumada.
Hosco el semblante, torva la mirada,
Tal vez de su vileza arrepentido,
Se irguió el traidor...

Y, con mortal desmayo,
Lanzó el niño un sollozo y un rugido
Y rodó como herido por el rayo.

V

Con extraña dulzura
—Que también en los tigres hay ternura—
Habló el pastor Efiates á su hijuelo:
—Por ti soy un traidor; por ti he vendido
La libertad del pueblo en que he nacido;
La maldición del Cielo
Hundirá en el oprobio mi memoria;
Arrancando á la Patria la victoria,
Para ti ya he logrado la riqueza;
Dispón de mi tesoro...—

Con un sublime gesto de nobleza
El zagal suspendió su amargo lloro,
É irguiendo la cabeza,
Á las olas del mar arrojó el oro,
Fruto de la traición.

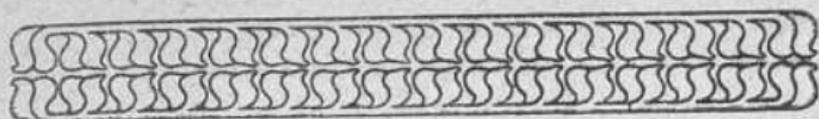
El mar gemía
Anunciando de Esparta la agonía.



Luego, con la mirada centellante,
Dejando ver un alma de diamante,
Gritó el niño espartano:
—¡Aléjate de mí! ¡Verte no quiero!—
Y de la cumbre descendiendo al llano,
Y empuñando un acero,
Como valiente segador de vidas,
Corrió..., corrió; la Patria lo llamaba
Y la Muerte gloriosa lo aguardaba
Para darle un lugar junto á Leonidas.



MORS IN VITA



MORS IN VITA

Es un sollozo de angustia
La tierra de Portugal;
Las campanas de los templos
Llorando tristeza están,
Rezan rezos de difuntos
Las viejas en el hogar,
Suspiran las doncellicas
Con ternuras de piedad,
Y por sendas solitarias
Mudo un caballero va.
—¿Adónde irá el caballero?—
Murmura un pobre rapaz.

.....

El caballero es poeta,
Príncipe del Ideal,
Y viste traje de luto
Y lleva pena en la faz.

Caminando, caminando,
Llega al fin á la ciudad;
Vibran roncós los clarines,
Se escucha el cañón bramar,
Destemplados los tambores
Su redoble al viento dan,
Se ven crespones muy negros
Por todas partes flotar
Y en los labios hay rugidos,
Rugidos de tempestad.
—¿Adónde irá el caballero?—
Pregunta un joven galán.

.....
El caballero es poeta,
Príncipe del Ideal,

Y viste traje de luto
Y lleva pena en la faz.

Dulcemente, dulcemente,
Con quejumbre funeral,
El dolor late en los salmos
De augusta solemnidad;
Engualdrapados corceles
Marchan con lento compás,
Conduciendo dos carrozas
Negras cual duelo mortal;
Un monarca y su heredero
En esas carrozas van:
Malamente los mataron
En tierra de Portugal.

.....

Dos lágrimas de amargura
Ruedan por la noble faz
Del caballero enlutado,
Príncipe del Ideal.

—¿Por qué llora el caballero?—

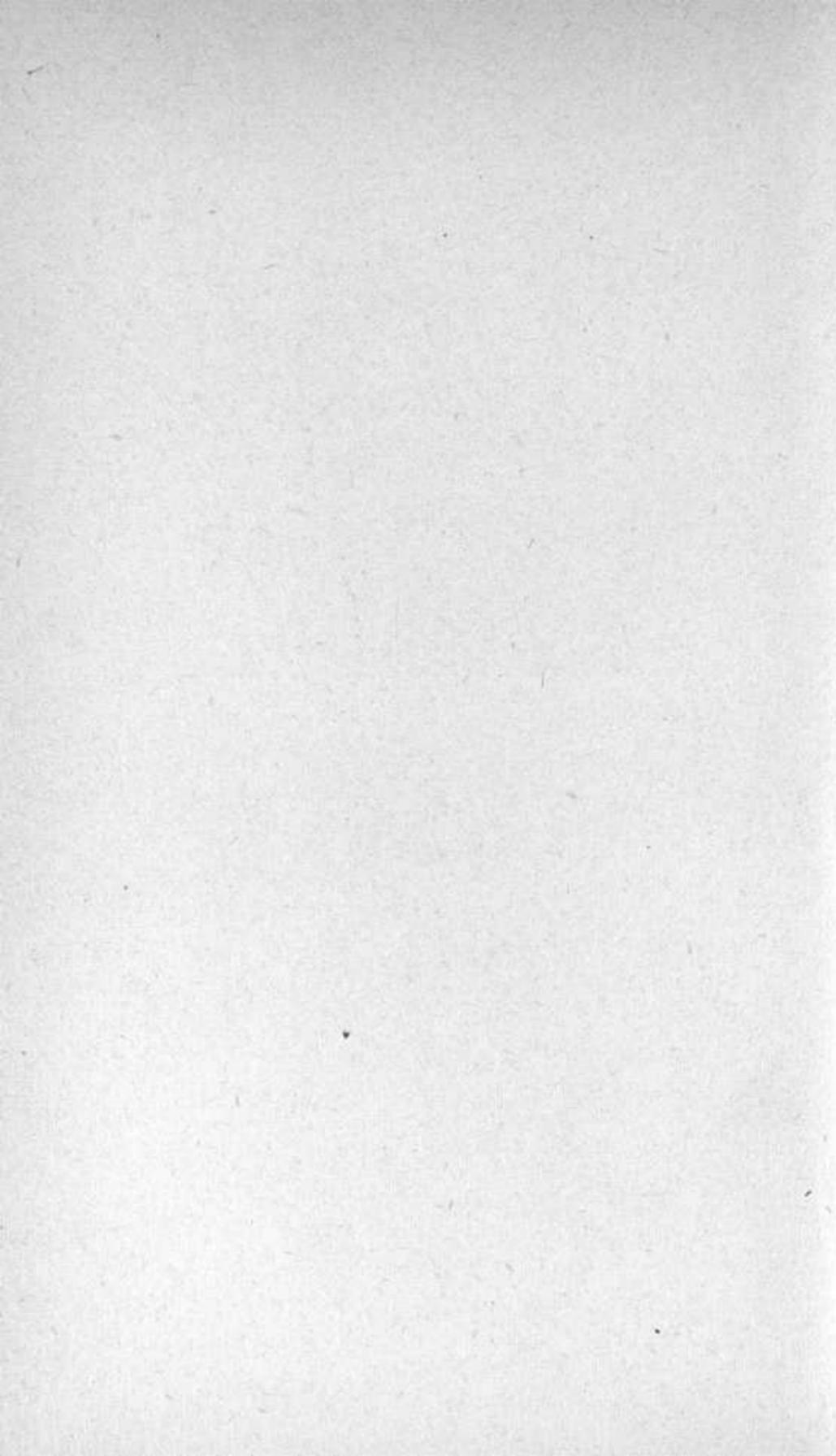
Piensan, al verlo llorar,
Los que saben que su cuna
No se meció en Portugal.

.....

El caballero es el alma
De España, toda bondad;
De España, toda poesía;
De España, toda ideal,
Que, con mirada doliente,
Ve que en las carrozas va
Un corazón de española,
Mártir de la majestad:
¡Malamente lo mataron
En tierra de Portugal!



PIEDRA MISERICORDIOSA





PIEDRA MISERICORDIOSA

AL ACUEDUCTO SEGOVIANO.

Tienes la grandeza de los soberanos
Que se hicieron grandes al hacerse amar;
Tienes la nobleza de los castellanos
Que en sus pechos labran, para el bien, altar.

Las robustas moles que te dan sustento,
Nunca protegieron cólera ó rencor;
Nunca esclavizaron ese sentimiento
Que hay en otras piedras, donde tuvo asiento
La prisión obscura del feudal señor.

No para la guerra te forjó el romano,
No para la guerra te guardó el Islam,
No para la guerra te ensalzó el cristiano
Cuando entre tus bloques, con piadosa mano,
Colocó la enseña que venció al Corán.

Fué tu noble vida, vida toda amores,
Vida de pureza, vida toda luz,
Y si en esa vida no encontraste flores,
Es porque la vida de los luchadores
Es martirio y prueba y es pesada cruz.

Oración de piedra, subes hasta el cielo
Que en tu limpio cauce copia su fulgor;
Cantos te da el ave que, en cansado vuelo,
Posa en tus pilastras, y, para consuelo,
Tienes el consuelo del que siembra amor.

Grande y generoso, con cariño humano,
Brindas, á los hombres que á buscarte van,

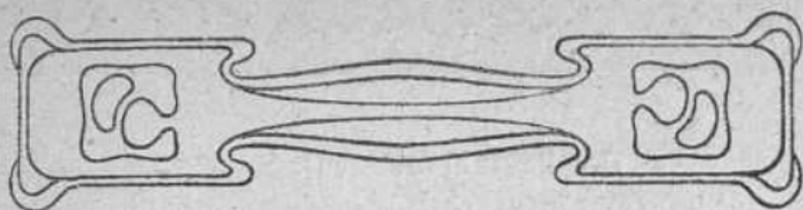
Agua que, corriendo desde el monte al llano,
Templa la fatiga y es, para el cristiano,
Fuente de pureza, redentor Jordán.

Nunca en los delirios de mi pensamiento
Pude soñar piedras cual tu corazón:
Piedras inocentes, piedras-sentimiento,
Piedras compasivas, donde halló el sediento
¡Las misericordias de la protección!



EL CUERVO





EL CUERVO

(PROVERBIO RUSO)

Era un cuervo secular,
Un cuervo de negra pluma
Que quiso el nido labrar
En un islote que el mar
Bate y corona de espuma.

Pasó el tiempo lentamente,
Y el pájaro graznador
Soñó intrépido y valiente

Con llêvar al continente
Á los hijos de su amor.

Tomó á su primer hijuelo
Y, con ansias de luchar,
Remontóse en raudo vuelo
Hasta las cumbres del cielo
Que se copian en el mar.

—Si necesito de ti—
El cuervo graznando dijo—
¿Me transportarás así?...—
Y graznó temblando el hijo:
—Te llevaré cual tú á mí.—

Pero el padre, grave y fiero,
Mirando al hijo temblar
Y juzgándolo embustero,
Impasible y altanero
Le dió sepulcro en el mar.

De su acción arrepentido,
El pájaro graznador
Tornó al solitario nido,
Y al otro hijuelo querido
Quiso probarle en su amor.

Volando con rauda vuelo
Dijo, subiendo hasta el cielo:
—¿Me transportarás así?—
Y le contestó el polluelo:
—Nunca lo esperes de mí...

Porque cuando el tiempo venga
En que no puedas volar,
Es muy fácil que yo tenga
Un hijo á quien me convenga
Antes que á ti transportar.

—Hablaste como prudente,
Tu franqueza te salvó—

Dijo el padre tristemente,
Y á su polluelo llevó
Al remoto continente.

Luego, el cuervo secular,
El cuervo de negra pluma,
Graznó con ronco graznar;
Buscó sudario de espuma
Y halló la muerte en el mar.



INMORTAL



INMORTAL

Aun vive y alienta con noble pujanza,
Aun muestra tesoros de fe y de esperanza,
Aun lleva embrazado su recio lanzón,
Aun gana victorias y exalta noblezas,
Y es algo que inspira sublimes grandezas
Y es timbre y es lauro y orgullo y blasón.

Murieron los padres, los hijos murieron,
Y, andando los años, los nietos sintieron
Nostalgias y anhelos de prez inmortal;
Salieron al campo con firme bravura
Y, puestos los ojos y el alma en la altura,
Prøbaron ser nietos del loco genial.

También, también ellos en mágico empeño
Soltaron las riendas al gran Clavileño;
También con gigantes supieron reñir;
También, persiguiendo su extraño destino,
El yelmo brillante del fiero Mambrino
Cual joya soberbia miraron lucir.

También se arriesgaron en lances muy rudos;
También ostentaron en limpios escudos
Las cifras que dicen cariño leal;
También se impusieron rigores de ascetas;
También endecharon cual bravos poetas...
¡Y al fin no lograron su hermoso ideal!

¡Miradles! Con ellos aun vive la raza
Que llena la Historia y estrecha y enlaza
El mundo presente y el mundo de ayer;
Quijotes insignes de aliento fecundo,
Quijotes insignes, asombro del mundo,
Son siempre los pueblos que saben caer.

¡Quijotes! ¡Su esencia perdure y exista!

Allí donde luce febril un artista,

Allí donde anide grandeza sin par,

Allí donde encuentre piedad el caído,

Allí donde lauros coseche el vencido,

¡El buen Don Quijote por siempre ha de estar!...

¡Y así está en mi patria! Jamás los reveses

De zafios pastores é incultos yangüeses

Nublaron su gloria de límpido sol;

En vano le atacan la envidia y la mofa,

Que nunca se extingue la espléndida estrofa,

¡La estrofa más pura del himno español!

Su sangre es la sangre que hierve en las venas

Del pueblo que olvida derrotas y penas,

Y quiere de nuevo reñir y luchar,

Y sueña conquistas y en sacros anhelos

Por cima del fango contempla los cielos,

¡Y quiere á los cielos subir y volar!

Son nietos, son nietos del Gran Caballero
Los héroes gallardos con almas de acero
Que guardan tesoros de gloria y de honor;
Los héroes que quieren romper el encanto
Que eclipsa á la patria, bañada hoy en llanto
Por artes malignas de mago traidor.

¡No ha muerto el Hidalgo! Su ejemplo nos guía;
Por él se combate con santa porfía,
Por él nuestra patria jamás morirá.
Si nuevos hidalgos y nuevos Quijotes
Aplican á Sancho tremendos azotes,
Aldonza Lorenzo princesa será.

¡Malhayan los locos que ofenden á España!
¡Malhayan los locos que intentan con saña
Robarle los timbres que aun puede lucir!...
Dejad que la chusma gritando alborote;
Por cima de todos está Don Quijote...
¡Que el alma española no puede morir!...

IMAGINERÍA



IMAGINERÍA

I

¡Bien haya el obscuro obrero

Provinciano!

¡Bien haya el imaginero

Que, esgrimiendo fino acero,

Fué rival de Alonso Cano!

¡Bien haya el pobre tallista,

Gran artista

De semblante de profeta

Y luenga barba de armiño!

¡Bien haya el dulce poeta

De corazón siempre niño!

¡Bien haya el obrero noble
Que, con magnífico anhelo,
Logró copiar en el roble
Las majestades del Cielo!

Cuando en mi niñez lejana,
La campana,
De la torre centinela
Y del tiempo ejecutora,
Dictaba con voz sonora
La orden de dejar la escuela,
Aturdido, jubiloso,
Iba al taller silencioso
Donde el venerable viejo
Laboraba sin reposo
Con el arte primoroso
Que hizo inmortal á Cornejo.

Y, amables y seductoras,
Se deslizaban las horas

Lentamente,
Dulcemente,
Mirando al humilde anciano,
Al escultor de ideales
Y educador soberano
De aprendices y oficiales,
Al honrado imaginero
Provinciano,
Que era artista siendo obrero,
Y halló el Arte verdadero
En su fervor de cristiano.

Nunca el buril del tallista,
Gran artista,
Copió la fealdad rastrera
Del vivir torpe y menguado;
Cual alondra mañanera,
Su inspiración altanera
Volaba al cielo azulado,
Y allí, sin velos ni nubes,

Encontraba por modelos
Á los radiantes querubes,
Á las rosas y jazmines
De los místicos jardines
De los Cielos,
Á los blancos serafines,
Á las vírgenes serenas,
Á las niveas azucenas
Y á las flores de martirios
Que hallan glorias en las penas
Como los fragantes lirios.

Y á los muros florecientes
De conventos ojivales,
Y á los retablos lucientes
Y á los sillones corales
De catedrales ingentes
Y de claustros abaciales,
Y al pobre altar de la ermita
Donde robusta palpita

La fe de los campesinos...
Llevó la inspirada gubia
De aquel artista vetusto:
Ya la Virgen blanca y rubia,
Ya el Evangelista augusto,
Ya los trasuntos divinos
De arcángeles, de profetas,
De apóstoles y de ascetas
De la Fe, toda consuelo...
¡De cuanto ven los poetas
Que saben mirar al Cielo!

II

¡Bien haya la reina amada
Y abnegada,
De mi hogar dulce y querido!
¡Bien haya la niña buena
Que, con su vida serena,



Alegra mi pobre nido!
¡Bien haya el alma bendita
Que, con virtud soberana,
Es flor de esencia exquisita,
De pura esencia cristiana!

¡Bien haya la que la huella
Sigue del imaginero,
Y á la infancia pura y bella
Forma con amor sincero,
Como aquel artista-obrero
Provinciano,
Que triunfó con su estilete
Cual Cornejo y Berruguete,
Como Verdiguier y Cano!

¡Bien haya la que las horas
Sabe cincelar paciente,
Lentamente,
Dulcemente,

Con las gubias brilladoras
Del alma firme y creyente!

¡Bien haya mi humilde artista,
Que, ansiando dignos modelos,
Como el vetusto tallista,
Siente sublimes anhelos
Y educa á los pequeñuelos
Alzando el alma y la vista
Para reflejar los Cielos!...



CREACIÓN



CREACIÓN

(PENSAMIENTO DE VÍCTOR HUGO)

De la nada, Dios al mundo modelaba en el vacío,
Cuando el Mal alzó la frente desde el bátratro sombrío
Y con ímpetu de envidia así dijo al Sumo Ser:
—De los seres que tú forjas con la vida que en ti emana,
Yo te ofrezco hacer un monstruo de fealdad tan soberana,
Que tú mismo no consigas transformar ni embellecer.

Será aborto de impureza, de ruindad y de negrura,
Negación abominable de bondad y de hermosura,
Copia exacta y fiel modelo de satánica labor;
Si mi engendro se hace bello por la magia de tu gloria,
Declarándome vencido, diré al mundo tu victoria.
¿No contestas?...

—¡Aceptado!—desde el Cielo habló el Señor.

—Dame al punto materiales—pidió el Mal, para su en-

[sayo;

Y el Creador le fué otorgando: la cabeza del caballo,
Del antílope los cuernos, los pinceles de la luz,
El saltar del fiero tigre, y los muslos del camello,
Los anillos del ofidio, del valiente toro el cuello,
Y las patas incansables del aligero avestruz.

Y el Rebelde fué pidiendo con audacia inagotable,
Y el Creador, desde su trono, siempre bueno y siempre
[amable,

Fué otorgando dulcemente: el volar del alcotán,
Del león el amplio tórax, del cangrejo la rodela,
Y los ojos admirables de ternura que consuela,
En que asoma el elefante la grandeza de su afán.

Y las fraguas del Averno se inflamaron cual volcanes,
Y los fuelles gruñidores engendraron huracanes,
Y en los yunques los martillos se escucharon retañir,
Y, al estrépito asordante de engranajes y pilones,

Asombrados despertaron en los mares los tifones,
Y temblaron las estrellas en el cielo de zafir.

En su trono de diamante el Eterno sonreía,
Y en la noche—negro túnel perforado por el día—
El Rebelde, sudoroso, terminó su obra fatal,
Y elevando hasta los Cielos la fealdad de su cabeza,
—Aquí tienes hecho monstruo lo mejor de la belleza,
Hazlo bello, si es que puedes—al Creador le dijo el Mal.

Y el Señor tomó en la mano aquel monstruo, pobre
[araña,
Clavó en ella la mirada que de luz al orbe baña,
Colocó el mezquino engendro entre nubes de arrebol,
Lo inflamó con sus pupilas, vencedoras de desmayos,
En las patas del bichejo florecieron ígneos rayos,
Se hundió el Mal, y de la araña el Eterno formó el sol.

FLOR DE LOTO



FLOR DE LOTO

Lejos, muy lejos, allá en Oriente,
Donde el sol nace resplandeciente,
Donde es la vida sueño de amor,
Donde no muere la primavera,
Sobre las flores de la ribera
Surge del loto la dulce flor.

Nadie la siembra, nadie la cuida,
Bajo las aguas crece escondida,
Como las aguas sabe temblar,
Y, aunque entre fango vive en el suelo,
Tiende su cáliz mirando al cielo
Y acaso al cielo quiere llegar.

Cuando del alba se abre la puerta,
La flor del loto ya está despierta,
Y su corola, bella y gentil,
Entre las aguas emerge y flota,
Y sobre el agua su incienso brota
Como sonrisa de eterno Abril.

Cuando los campos y los gladiolos
Se tornan negros, al verse solos
Doblan la frente con humildad
Los pobres lotos, y se sepultan
Entre las aguas que los ocultan
Hasta que vuelve la claridad.

Y allí los huellan peces enormes,
Y, en la alta noche, monstruos deformes
Cerca del loto van á dormir,
Y el loto siente melancolía
Y ansioso aguarda la luz del día,
Porque la sombra le hace morir.

Así, entre cieno y entre reptiles,
Hay almas nobles que hasta á los viles
Brindan olvido para el dolor.
¡En los latidos de almas inquietas
Nacen y mueren almas-poetas,
Que son hermanas del loto en flor!



PROMETEO



PROMETEO

Encadenado en la escarpada roca,
Abrumado por triste soledad,
Olvidado del Cielo y de la Tierra,
Yace el bravo Titán.

Era dios y luchó contra los dioses
Y, vencido en la lucha desigual,
Con alma toda amor sufrió el martirio
Del odio sin piedad.

Subió hasta el sol en alas de la idea
Y al trono de la luz, con mano audaz,

Supo arrancar la redentora chispa
Que dió vida al hogar.

Y al congregarse en torno de la lumbre
Se hizo grande y feliz la Humanidad,
Y el hogar que engendrara Prometeo
Fué símbolo de paz.

Y solo, en el suplicio de su roca,
Mirando cara á cara al Ideal,
Sintiendo el picotazo del Deseo
Que le hiere con bárbara crueldad,
Sobre la torpe ingratitud del mundo
Vió transcurrir los siglos el Titán.

II

Y la sangre del mártir del Olimpo
Floreció cual las rosas de un rosal,

De un rosal de pasión siempre azotado
Por fiera tempestad.

En el lienzo, en el mármol, en la estrofa,
Del taller en el rudo palpitar,
En las chispas de luz que el Genio arranca
Con abnegado afán...

¡Allí late el sublime Prometeo
Que lucha y que trabaja sin cesar!
¡Allí está el Hombre-Dios encadenado
Por odios sin piedad!

Bizarros paladines de la Idea,
Modernos Caballeros del Grial,
Cuando en las altas cumbres del Olvido
Sintáis la soledad,

Alzad el alma á la escarpada roca
Teñida con la sangre del audaz,

Y arrostrad el martirio, que en vosotros
Un milagro de amor se cumplirá:
¡Sobre la eterna ingratitud del mundo
Brilla eterna la gloria del Titán!



EL EGOÍSMO



EL EGOÍSMO

(CONSEJA ORIENTAL.)

Desde el fondo sin fondo del Averno
Donde, por su maldad, al fuego eterno
Fué condenado el poderoso Alí,
Entre horror de satánica tortura,
Con acento impregnado de amargura,
El triste condenado dijo así:

—Limpio estoy de pecados y flaquezas;
Las manchas de maldades é impurezas
Las ha borrado el fuego redentor;
Con ansias de perdón mi alma palpita;
Tu bondad es suprema é infinita...
¡Apládate y perdóname, Señor!

Hasta el trono magnífico de fuego
Del Sumo Juez, subió el humilde ruego
Como sube el incienso ante el altar.
Y al Ángel del Perdón Alá le dijo:
—El padre ha de escuchar la voz del hijo;
¡Marcha y dime si puedo perdonar!—

Rasgóse el limpio tul del alto cielo,
Y el Ángel del Perdón y del consuelo,
Compasivo al infierno se asomó,
Y así habló dulcemente al condenado:
—¿Estás arrepentido y sin pecado?—
Y Alí llorando, humilde, respondió:

—Fui culpable y hoy lloro arrepentido,
La cizaña del mal aborrecido
Pudo antes en mi pecho germinar;
Ya la arranqué sufriendo mil dolores,
Ya no siento ni envidias ni rencores,
Soy justo y vivo con amor de amar.

—Pues bien—exclamó el Ángel.—¡Sube, sube!—

Y desde el solio de encendida nube

Lanzó un hilo de extrema tenuidad.

—Sube lleno de fe por esta escala;

Mas cuenta que al subir siempre resbala

Quien no sabe sentir la caridad.—

Con firme pecho y ánimo tranquilo,

El pecador Allí cogióse al hilo

Y principió sereno la ascensión;

Y al mirar del precito la alegría,

Satisfecho y pladoso, sonreía,

Desde la nube, el Ángel del Perdón.

Al alejarse del suplicio eterno,

Allí volvió la vista hacia el Averno,

Y al hilo de extremada tenuidad

Vió asida una legión de condenados...

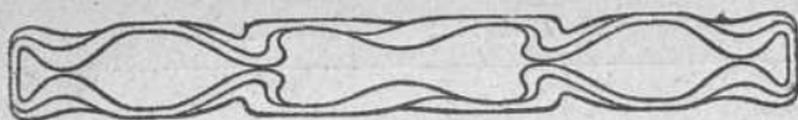
—¡Soltad!—clamó iracundo.—¡Desdichados!

¡Vais á romperlo!—replió.—¡Soltad!—

Y el hilo se rompió; cayó en el fuego
El condenado, y, al alzar su ruego,
El Ángel del Perdón le dijo así:
—Salvación te brindaba el cielo mismo,
Culpable de perderla es tu egoísmo,
Y él te pierde por siempre, pobre Alí.



LUZ DE LA SOMBRA



LUZ DE LA SOMBRA

En la piedra de toque de los dolores,
Cuando encontraba espinas sembrando flores,
El alma de mi patria, toda grandeza,
Demostró los quilates de su nobleza;
Nobleza que en lo humano no halló segundo
Desde que existen hombres y existe mundo.

Por supremo designio, por ley extraña,
Siempre que vistió luto la noble España
Abrillantó los timbres de su hidalguía
Mucho más que en las horas de la alegría.
Que si es bella la Virgen, del mundo aurora,
Es más bella la Madre que sufre y llora.

Cuando los terremotos tejieron luto;
Cuando los temporales robaron fruto

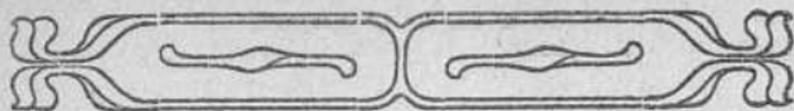
Á los ásperos montes y á la llanura;
Cuando tendió sus alas la peste impura
Convirtiendo en sepulcro la madre tierra;
Cuando fuimos vencidos en brava guerra
Y el mar á nuestras flotas prestó sudario,
Con arranque valiente y extraordinario
El alma de la patria se alzó serena
Y fué augusta y pladosa, sencilla y buena
Repartiendo socorro, secando el llanto,
Brindando su regazo bendito y santo
Á cuantos sollozaban con hondo duelo,
Y, al enjugar la pena y al dar consuelo
Prometiendo tesoros de bienandanza,
Despertaba en los pechos dulce esperanza,
Y aun la gente más débil y dolorida
¡Al cobrar la esperanza, cobraba vida!

En el martirio horrible de su flaqueza
La verdadera vida del hombre empieza;
En el dolor, la perla su nácar toma;

Al quemarse, el incienso vierte su aroma;
El hierro sobre el yunque se purifica,
Y la patria sufriendo se santifica;
¡Que siempre han encontrado los redentores
Primero los Calvarios que los Tabores!

Mucho, mucho ha sufrido mi noble España,
Mucho la torturaron con fiera saña
Los viles que anhelando darle la muerte
Sobre sus vestiduras echaron suerte.
Mas para nuestra dicha, por nuestra gloria,
¡Aun no ha muerto la patria para la Historia!
Aun su seno fecundo late y palpita,
Ya despierta gallarda, ya resucita,
Y levantando altiva la augusta frente,
Olvida lo pasado por lo presente...
¡Así el sol, que es del cielo divino broche,
Fulgura más radiante tras negra noche!

LA PENA DE VIVIR



LA PENA DE VIVIR

(CONSEJA TRADICIONAL)

I

Era un noble guerrero, un gran caudillo
Lleno de juventud y de bravura,
Dueño y señor de colosal castillo
Que altivo dominaba la llanura
Desde el escueto monte,
Cual águila de piedra que altanera
Atalaya soberbia el horizonte
Mostrando altiva su pujanza fiera.

Era, el caudillo audaz, esposo amante
Que en la paz de sus regios camarines
Guardaba la belleza deslumbrante
De la esposa arrogante
Que, como flor de idílicos jardines,
Dió al guerrero, por joya de cariño
Y por gala gentil de la existencia,
Un sonrosado niño,
Un ángel todo amor, todo inocencia.

Era el señor feudal rico en tesoros
Arrancados en lucha denodada
Á los egregios adalides moros;
Era un buen paladín á cuya espada,
Terror de los infieles
Y orgullo y gloria del nativo suelo,
Debló la madre patria más laureles
Que arenas guarda el mar y astros el cielo.

Fuerza, poder, amor, triunfos, riqueza,
Cuanto ambiciona la soberbia humana,
Eran prendas de dicha y de grandeza
En la vetusta torre castellana,
En la torre que, erguida
En los picachos del abrupto monte,
Semejaba la aguja rebruñida
De un reloj levantado por la vida
Sobre el cuadrante azul del horizonte.

II

Mas el noble caudillo,
Por caprichos supremos de la suerte,
No era feliz en su feudal castillo,
Temiendo la llegada de la muerte.
Porque aquel hombre audaz y caprichoso,
Hallando la existencia dulce y bella,
Suspiraba ambicioso

Sofiendo con vivir cual una estrella
Que eterna luce en cielo esplendoroso.

—¿Quieres ser inmortal?—un religioso,
En cruda noche del terrible Enero,
Preguntóle al caudillo. Y presuroso
El guerrero animoso
Respondió con voz trémula:—Sí, quiero.
—¿Quieres por siempre dilatar tu vida?—
Volvió á decir el monje; y con más brio
Habló el señor con frase decidida:
—La dicha está en vivir... ¡vivir ansío!
—Pues bien—murmuró el fralle,—ante ese empeño,
Para quebranto del orgullo vano,
Dios me permite realizar tu sueño,
Que acaso es sueño del linaje humano.
Arranca del hogar el mejor leño,
Ocúltalo en tu espléndida morada,
Y, en tanto que por roja llamarada
No mires esa leña consumida,

Disfrutarás la dicha ambicionada,
Gozando en esta vida tan menguada
Siglos y siglos de perenne vida.

Con ansia inmensa, con afán ardiente,
Cayó el señor feudal sobre un madero,
Corrió á ocultarlo lejos de la gente,
Y al volver, orgulloso y sonriente,
Á la anchurosa estancia el buen guerrero,
—¡Soy inmortal!—con júbilo exclamaba.
—¡Ya no temo á la muerte!—repetía;
Y el religioso en un rincón rezaba,
Y la esposa afligida sollozaba
Y el inocente hijuelo... sonreía.

III

Cual las ondas del plácido arroyuelo
Pasan y van á los revueltos mares,
Como pasan las nubes por el cielo,

Como pasan dolientes los pesares
Rindiendo los más firmes corazones,
Así pasaron, en cansado vuelo,
Los siglos por los viejos torreones
Del castillo feudal, cuyos blasones
Rodaron en escombros por el suelo.

Y en una noche del invierno triste,
Cuando la nieve viste
Con blancuras de fúnebre sudario
El hondo valle y el escueto monte,
Acercóse al castillo solitario
—Que un tiempo atalayara al horizonte—
Un pobre religioso, un peregrino
De luenga barba y cuerpo vacilante,
Con algo en la mirada de divino
Y con mucho de humano en el semblante.

Bajo la verde hiedra
De una gótica estancia derruida

Como estatua de piedra
Entre piedras postrada y confundida,
Encontró el peregrino fatigado
Á un ser desventurado
Por mezquinos andrajos mal cubierto,
Á un átomo de vida refugiado
En el despojo pálido de un muerto.

En una lengua extraña
Que ha muchos siglos se habló en España,
Al viejo peregrino, que era un sabio,
Aquel náufrago triste de la vida
Con balbucente labio
Le hizo una confesión muy dolorida.
—Quise vivir—le dijo—y fué en mal hora
Aquella en que el Creador oyó mi ruego;
Logré la eternidad deslumbradora,
Mas la inmortalidad, de que reniego,
Fué acabando en mis arcas las riquezas
Fué poniendo en mi cuerpo las flaquezas

De la senilidad con sus horrores,
Y fué robando sin piedad alguna
Fuerza, poder, valor, lauros, fortuna,
Dicha, gloria é idílicos amores.

Murió la santa esposa
Que mi hogar alegró con su cariño;
Hecho un anciano, descendió á la fosa
El hijo en que mi amor vió siempre un niño;
Se ausentaron los nietos;
Perdiéronme los siervos los respetos
Debidos al señor y al castellano;
Fué por extraño modo
Borrándose el lenguaje noble y llano
En que yo siempre hablé; la ruda mano
Del tiempo destructor lo arrasó todo,
Y solo, solo ante la muerte esquiva
Subsistí entre estos viejos paredones,
Cual triste siempreviva
Sobre tumbas de razas y naciones.

Bajad—dijo angustiado el esqueleto
Del que fuera en un tiempo gran caudillo,—
Bajad al subterráneo más secreto
De este ruinoso y secular castillo,
Y en arqueta ferrada
Hallaréis como prenda bien guardada
Un pedazo de leña carcomida:
Quemadlo, y que su roja llamarada
Ponga fin al martirio de mi vida.—

Cediendo del anciano al triste ruego,
Con el pálido rostro iluminado,
El peregrino débil y cansado,
Buscó veloz para lanzar al fuego
El leño bien guardado.
Y al crujir encendida
La leña carcomida,
—Mientras rezaba el pobre religioso,—
De rodillas, humilde, tembloroso,
Viendo llegar el fin apetecido,

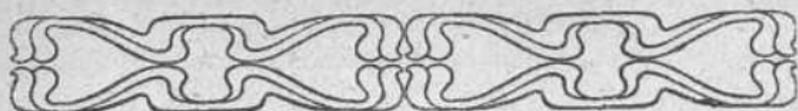


El anciano tornaba á hallarse fuerte,
Y exclamaba, llorando conmovido:
—¡Gracias, gracias, Señor, que habéis querido
Redimir á la vida con la muerte!



MANOS BLANCAS





MANOS BLANCAS

(PARÁBOLA INDIA)

Por la campiña llena de flores,
Por la campiña de flores llena,
Marchan cantando tres niños rubios
De ojos azules como violetas,
De frentes blancas cual los jazmines
Y de almas nobles, dulces y tiernas
Como caricias de madre amante,
Como caricias de madre buena.

Cantando alegres los rubios niños
Al fin llegaron á la risueña,
Á la risueña y hermosa corte
Donde amoroso y afable impera

El buen Monarca, que, cual corona,
Nieves de un siglo plácido ostenta.

Los rubios niños van por el premio
Que el gran Monarca de faz serena
Tiene ofrecido desde hace un año
Al que, cual prueba de su pureza,
Muestre las manos mejor cuidadas...
¡Manos que copien fulgor de estrellas!

Mostró el primero sus manecitas
Como la nieve de la alta sierra,
Y alegre dijo:—Señor Monarca,
Soy jardinero; las azucenas,
Reconocidas á mis cuidados,
Quisieron darme blanca pureza.

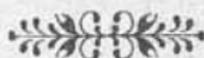
Con blanda risa mostró el segundo
Sus manecitas albas y bellas,
Y alegre dijo:—La blanca espuma

Del arroyuelo que mi hogar besa,
Quiso prestarme la argentería
De sus cristales cuando se quelebran.

Humilde y dulce, las manecitas
Tendió el tercero. Nunca en la tierra
Hubo un armiño de tal blancura.
Con voz de alondra cuando gorjea
Murmuró el niño:—Señor Monarca,
Yo soy labrlego, y en sus faenas
Á mi buen padre le doy ayuda,
Y el roce duro de la herramienta
Y el sol, la lluvia y el viento helado
Mi piel curtiendo la hicieron negra.
Pero una tarde miré á un mendigo
Que iba pidiendo de puerta en puerta,
Y al ver el hambre del desdichado
Le hice regalo de mi merienda.
Besó mis manos el pordiosero,
Lágrimas dulces derramó en ellas,

Y desde entonces, señor Monarca,
Mis pobres manos no me avergüenzan.

El Rey augusto bajó del trono,
Ciñó al chicuelo rica presea,
Y los clarines y los tambores
Batiendo alegres la marcha regia
Con voz sonora fueron cantando
Por las ciudades y las aldeas:
—Blanca es la mano que limpia el agua,
Blanca, muy blanca, la que azucenas
Cuida amorosa con dulce celo;
Pero la mano toda pureza,
Es la bendita por el trabajo,
¡La que el mendigo con llanto riega!



CANCIONES DE LA LUZ



CANCIONES DE LA LUZ

I

—Yo soy el alba pura, la infancia seductora,
La luz de la mañana que brilla tembladora
En fecho esplendoroso de nácar y de tules ;
Sonrisa de los cielos eternamente azules ,
Perla oriental que tiene celajes por espumas,
Señora en regio alcázar de fúlgido arrebol,
Eterna triunfadora de nieblas y de brumas ;
¡Yo soy el alba pura, el despertar del sol!

Mi voz es el murmullo del tímido arroyuelo,
El trino de la alondra al levantar el vuelo,
El son de la campana que vibra solitaria
Pidiendo á los creyentes dulcísima plegaria,
El eco del trabajo que empieza con el día,
El himno de los buenos: la santa placidez;
Yo soy preludio blando de extraña sinfonía;
Yo soy el alba pura, yo canto á la niñez.

II

—Yo soy calor y fuerza, soy juventud radiante,
Soy luz que abrasa y ciega con impetu gigante;
Yo brillo en las alturas como fulmínea espada,
Yo envuelvo á los trigales en roja llamarada
Y beso las cosechas con ósculo fecundo;
Por mí tendrá la tarde mortaja de arrebol;
Yo aliento á los ancianos, yo reino sobre el mundo;
Yo soy el mediodía: la plenitud del sol.

—Mi voz es la voz ruda del incansable obrero,
El choque del martillo sobre el templado acero,
El soplo de los fuelles que rugen bramadores,
La endecha que en los campos entonan los pastores,
El himno del trabajo, potente melodía
Que rima el sol luciendo su hermosa plenitud;
Yo soy alegre firme de brava sinfonía,
Yo soy vibrante nota de sana juventud.

III

—Yo soy el sol que expira, la luz que apenas arde,
El llanto de los cielos al declinar la tarde,
El rayo que acaricia al templo solitario
Y sube á las ojivas y besa el santuario,
Y dora la espadaña con su fulgor poniente,
Y tñe la vidriera de espléndido arrebol;
Yo soy el vespertino crepúsculo muriente;
Yo soy la luz vencida, la senectud del sol.

—Mi voz es lá plegaria que el ángel balbucea,
El eco de la esquila en la lejana aldea,
El ruido del ganado que torna á los apriscos,
El roce del jilguero que duerme en los lentiscos,
El rezo que los buenos al expirar el día
Elevan á los cielos henchidos de piedad ;
Yo soy andante triste de triste sinfonía;
Yo soy el sol que muere, la noble ancianidad.

IV

—Yo soy, yo soy la noche, la negación del día;
Mi clámide es tan negra, tan negra y tan sombría
Cual las perversas almas de las que el mal es dueño;
Yo soy la noche obscura, la génesis del sueño;
Como basalto negra, como basalto fuerte;
Mi manto no es de encaje, de tul, ni de arrebol;
Yo soy la dulce copia de la tranquila muerte;
Yo soy la noche obscura: el féretro del sol.

—Mi voz es el gemido del alma que se queja;
Es grito de lechuza, lamento de corneja,
Chirrido de los ejes de soles colosales
Que en forma de luceros destellan cual fanales;
Yo soy la paz, la calma; en mí reposa el día,
Soñando redenciones, que mi regazo es cruz;
Yo soy la postrer nota de extraña sinfonía:
Del himno de la vida, eterno cual la luz.



FE Y ESPERANZA



FE Y ESPERANZA

A un amigo anciano.

...No insistas más y advierte

Que el más sabio del mundo se equivoca.

¿Me dices que en la lucha está la muerte?...

¡Pues lucharé! Soy duro cual la roca.

Ni temo á las traiciones con sus lazos,

Ni me asusta la envidia despiadada;

Tengo el alma templada á martillazos,

El dolor la templó cual recia espada.

¿Que es el combate temerario y rudo?...

¡No me importa! Al palenque de la idea

Llevo mi juventud: brillante escudo
Que es el mejor amparo en la pelea.

No me detengas; esperanza cobra;
Duda es herrumbre que al acero gasta;
Para vencer, el miedo está de sobra,
Para morir... ¡con ser cobarde basta!

La gloria, ¡la adorada del artista!
Es hembra, al fin, y amiga de lo bravo,
Y se rinde al que fiero la conquista,
No al miserable ni al abyecto esclavo.

Sé que al hablarme la lealtad te mueve,
Y estimo la lealtad de tus afanes;
Mas miro que en tu frente hay mucha nieve,
Y en mi pecho el calor de cien volcanes.

Bueno es ser lago de zafir y plata
Y dormir bajo el velo de las brumas;

¡Pero es mucho mejor ser catarata
Que lleva fuerza y vida en sus espumas!

Sí, pretendo luchar; fiebre de glorias
Me empuja tras un inclito estandarte;
Mi patria ya no tiene más victorias
Que las ganadas en la lid del Arte.

Cuando cayeron tropas y bajeles
Y se hundieron caudillos y soldados,
Flotaron sólo palmas y laureles
Por el genio invencible conquistados.

Ese genio invencible—noble amigo—
Será mi norte en la sañuda guerra;
Si en ella venzo, vencerá conmigo,
Y si vencido soy, me dará tierra.

¿Mas quién piensa morir?... El alma altiva
Ni se rinde al pesar ni siente angustia;

Yo no soy cual la débil sensitiva,
Que al más pequeño roce muere mustia.

Si caigo, me hundiré como los grandes,
Que al derrumbarse aplastan á los viles;
Como el cóndor soberbio de los Andes
Que se estrella matando á los reptiles.

.....

No insistas, pues, y advierte
Que, al entrar en la lucha sin desmayo,
Soy cual el roble vigoroso y fuerte
Que para hundirse... ¡necesita un rayo!



SIN CONSUELO



SIN CONSUELO

Tristemente, tristemente,
Con tristeza bien sentida,
Levantando hasta los cielos
La mirada dolorida,
Los augustos herederos
Por el regio parque van;
En sus frentes abatidas
Hay blancura de azucenas,
Y en el eco de sus voces
Hay el eco de esas penas
Que á los ojos y á los pechos
Amargura y llanto dan.

Todos sufren, todos sienten,
Todos lloran, todos callan,
Todos llevan en el alma
Los dolores que avasallan,
Todos buscan en el parque
Lenitivo á su dolor;
Y no calman sus quebrantos
Ni los dulces ruseñores,
Ni el brillar de los luceros
Que desatan sus fulgores,
Ni el perfume delicado
De rosales siempre en flor.

Lentamente van cruzando
Entre mirtos y romeros;
Lentamente bajo el palio
De copudos limoneros
Suspirando se detienen
Junto á fresco manantial,
Donde el agua cristalina

Mansamente nace y brota,
Donde el agua fluye siempre,
Donde el agua no se agota,
Donde fingen niveas flores
Las espumas del raudal.

Y allí dijo suspirando
La arrogante Princesita:
—Murió el padre que me amaba,
Y mi vida se marchita
Como flor que ya no tiene
Ni perfumes ni arrebol..
Y habló el agua susurrando:
—Tu pesar no será eterno,
Tu pesar es cual mi llanto,
Congelado en el invierno
Y que en perlas se convierte
Cuando en Mayo luce el sol.

Y llorando de vergüenza,
Así dijo el heredero:

—Me han vencido rudamente
En combate rudo y fiero,
Y han hollado los laureles
Que en las luchas conquisté.
Y habló el agua:—La desgracia
No es eterna en el valiente,
También yo, cruzando el mundo,
He sufrido bravamente
Y al final de una derrota
Nuevas glorias encontré.

—He perdido mi riqueza—
Exclamó con eco blando
Un gallardo Principito.
Y, risueño y susurrando,
El raudal bullente y claro
Al mancebo contestó:
—La riqueza vale poco,
Quien suspira por riqueza
En sus manos tiene siempre

El remedio á la tristeza,
Trabajando y obteniendo
Lo que loco abandonó.

Muda, sola, entre crespones,
Cual estatua de la pena,
La Princesa más hermosa,
La más noble, la más buena,
Inclinó la blanca frente
Sobre el fresco manantial,
Y las perlas de su llanto
Se mezclaron con la espuma
Y la niebla de su angustia,
De la noche entre la bruma,
Sobre el agua murmurante
Fué tejendo su cendal.

Y con eco más doliente
Que el arrullo de palomas,
Bajo el cielo luminoso,

Entre flores y entre aromas
Se quebraron las espumas
Con tristísimo rumor,
Y dijeron mansamente:
—Comprendemos tus pesares,
Hay en ti las amarguras
De las aguas de los mares,
Hay en ti, como en nosotras,
Lo infinito del dolor.

Una vez, una tan sólo,
Á la flor más esplendente
Reflejamos orgullosas
En la plácida corriente,
Y después nos alejamos
Sin lograr retroceder,
Que ya nunca en nuestro seno
La veremos retratada,
Nunca más la miraremos
Como joya perfumada...

Las venturas que se pierden
Nunca más han de volver.

Llora, llora, pobre madre,
El cariño que has perdido,
La riqueza que no tienes,
La derrota que has sufrido,
Llora triste la tristeza
De la muerte de tu amor;
Es tu llanto como el agua
Que constante fluye y brota,
Es tu pena, más que pena,
Manantial que no se agota,
Tu dolor es en la vida
El compendio del dolor.



LOS ZAPATOS DE LA VIRGEN



LOS ZAPATOS DE LA VIRGEN

(CONSEJA POPULAR)

Macilento y afligido,
Rebosando su alma buena
De dolor,
Ante el altar bendecido
Dobla la frente serena
El infeliz trovador.

Una imagen espléndida
Bajo el rico terciopelo
Del dosel;
Era la Virgen María
Que bajó del alto cielo
Por la magia de un cincel.

La imagen era de oro,
Con pupilas de diamantes
Y zafir,
Y era su frente un tesoro
De joyeles deslumbrantes
De la Golconda y Ofir.

Chapines filigranados
Calzaba la Madre Santa
Del Señor;
Eran estuches, labrados
Para la divina planta
Con magnífico primor.

Ante la Reina y Señora
De la tierra, de los cielos
Y del mar,
El trovador triste llora,
Buscando á sus desconsuelos
Un alivio en el altar.

Pulsando con blanda mano
Las cuerdecillas vibrantes
Del laúd,
Cantó el bardo soberano
Los ensueños anhelantes
De su triste juventud.

Cantó el duelo y los cariños
De la esposa que lo espera
Con afán;
Cantó el hambre de los niños
Que en súplica lastimera
Gemebundos piden pan.

Y la imagen rutilante,
Condolida de tal pena,
Con amor
Un chapín de oro y diamantes
Ofreció, de bondad llena,
Al doliente trovador.



II

Macilento y afligido,
Rebosante la pupila
De altivez,
El trovador oprimido
Alza la frente tranquila
Ante el verdugo y el juez.

Lo condenaron á muerte
Por robar á la Patrona
Del lugar;
Y él marcha con pecho fuerte,
Que el suplicio es la corona
Del que honrado sabe amar.

Al detenerse en la ermita,
Y al mirar junto á la fosa
Su ataúd,

Ante la Virgen bendita
Con inspiración hermosa
Pulsa el bardo su laúd.

Y la endecha se agiganta,
Y en su acento hay amargura
Y aflicción,
Y es el himno que levanta
Un tesoro de dulzura
Del creyente corazón.

Entonces, el sol divino,
La Virgen bella y riente,
Entre el pasmo popular,
Su otro chapín diamantino
Brindó al músico inocente
Desde el trono del altar.



POR AMOR Á ESPAÑA



POR AMOR Á ESPAÑA

Mensaje á los Reyes Magos.

I

Por la senda que Amor abrió al Ensueño
—Senda que copia de Jacob la escala,—
Los vi llegar con emoción bendita
Al jardín de azucenas de mi infancia.

Y al soñar en los Reyes
Envueltos en sus mantos de escarlata,
Era un temblor de júbilo mi pecho
Y un torrente de sol toda mi alma.

Por misterio sublime
Que el amor de mis padres agrandaba,
Los Soberanos Reyes del Oriente,

Los egregios Monarcas,
Escuchando benignos mis anhelos,
En dulces realidades los trocaban.

Al borde de mi cuna,
Cual mariposas blancas,
Revolaban alegres mis ensueños
Envueltos en aroma de plegaria.

Y los pladosos Reyes
—Como respuesta á la borrosa carta
En que mi mano puso los latidos
De ilusiones purísimas y honradas,—
Siempre, siempre colmaron mis deseos,
Nunca, nunca frustraron mi esperanza.

Al recibir su espléndido agasajo,
Vibrante de placer mi amor cantaba,
Y eran risa mis labios y mis ojos,
Y era mi gratitud lluvia de lágrimas.

II

Á los Reyes de Oriente,
Á los nobles amigos de mi infancia,
Vuelvo los ojos llenos de cariño
É imploro su favor en esta carta:

«Augustos Soberanos, que del Cielo,
Para colmar las infantiles ansias,
Descendéis á la tierra
Entre púrpura y luces de alborada:
Cuando dejéis vuestro celeste trono,
¡Venid, venid á España!

»Venid hasta mi pueblo, que era grande,
Y olvidó su grandeza y su pujanza;
Venid hasta mi pueblo
Y poned en las almas,
Con la serena Fe de los creyentes,
La rutilante luz de la Esperanza,

El orgullo severo del Trabajo
Y la ilusión, eterna pasionaria.

»Venid hasta mi pueblo,
Venid, venid á España,
É infundid en los pechos españoles
El amor á la Patria.

»Haced que amen á España los labriegos
Que dejan á la tierra abandonada
Para buscar riquezas ilusorias
En remotas comarcas.

»Haced que los soldados
Conquisten lauro excelso en la campaña
Donde su noble esfuerzo
Va domeñando tribus africanas.

»Haced que amen á España los que, ciegos,
En su demencia llegan á ultrajarla;
Haced que los artistas
La adoren como Musa sacrosanta;
Haced, haced que todos la idolatren,

Y, arrancando del odio la cizaña,
Allí donde palpíte nuestro idioma,
Sembrad, sembrad amor para mi Patria,
¡Y de nuevo mi Patria será grande,
Y otra vez como un sol brillará España!

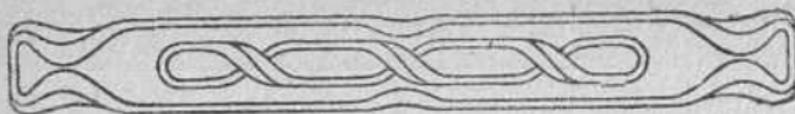
III

Á los pies de la Cruz de Covadonga
Y al lado del Convento de la Rábida
—Cuna de España y cuna de otro mundo,—
Se arrodilla mi alma
Y espera, cual regalo de los Reyes,
La gloria y la grandeza de la Patria.



PLUS ULTRA





PLUS ULTRA

Al Excmo. Sr. Marqués de Borja.

I

Bajo mullida alfombra toda verdura,
En el confin remoto de la llanura
Donde en siglos pasados alguien reinó;
En el fondo de gruta pétrea y oscura,
Que de restos humanos fué sepultura,
Un puñado de trigo se descubrió.

Todo era en el sepulcro ceniza, nada.
La pálida osamenta ya calcinada,
El loto que en el mármol trazó el buril,
El cocodrilo enorme, bestia sagrada,
Y el ibis que en el templo tuvo morada
Eran sólo montones de polvo vil.

Todo hablaba de muerte siempre triunfante,
Todo era cual sollozo de agonizante
Que al hundirse en la tierra siente aflicción;
Sólo allí fulguraba, rubio y brillante,
Cual eco de la vida plena y vibrante,
El puñado de trigo del Faraón.

Alguien el rubio trigo sembró en el llano;
Lo fecundó el otoño; fuerte y lozano
La primavera, en tallos, lo vió lucir,
Y las áureas espigas, en el verano,
Ofrecieron cosecha de rico grano:
¡Cosecha que á la muerte sacó el vivir!

Y en la marmórea cripta donde dormía,
Entre emblemas de muerte triste y sombría,
La pálida osamenta del Faraón,
Tal vez, tal vez de gozo se estremecía
Y ante el trigo amasado se sonreía
Al mirar satisfecha su aspiración.

II

Monarca, yo comprendo tu firme empeño:
Cruzando por un mundo pobre y pequeño
Quisiste dejar huella de tu existir;
Y esa huella fecunda, cual noble sueño,
No fué para el imperio de que eras dueño,
Fué... ¡para los imperios del porvenir!

Tú fuiste de la raza de los poetas,
Que en la malla del ritmo guardan sujetas
Similentes que otros siglos verán crecer;
Tú fuiste del linaje de los profetas,
Que ante las muchedumbres, locas é inquietas,
Piensan en el mañana, no en el ayer.

Tú fuiste de la estirpe del que es honrado,
Del que, cual peregrino, siempre abnegado,
Obedece al impulso de excelso afán,

Y, aunque da sus cosechas al desdichado,
Aun del trigo del alma guarda un puñado
Para que otras centurias amasen pan.

Así, cual tú, proceden los soñadores;
Así, cual tú, trabajan los redentores
Que, en el supremo instante de combatir,
Piensan, para consuelo de sus dolores,
Que la sangre del mártir se trueca en flores
Como huella fecunda de su existir.

Monarca, tu recuerdo jamás se olvida.
¡Ojalá que en mi Patria, madre querida,
Tu enseñanza despierte noble ambición!
Y al final de la lucha, brava y reñida,
Cada español ofrezca, tras de su vida,
¡El puñado de trigo del Faraón!

FIN

ÍNDICE

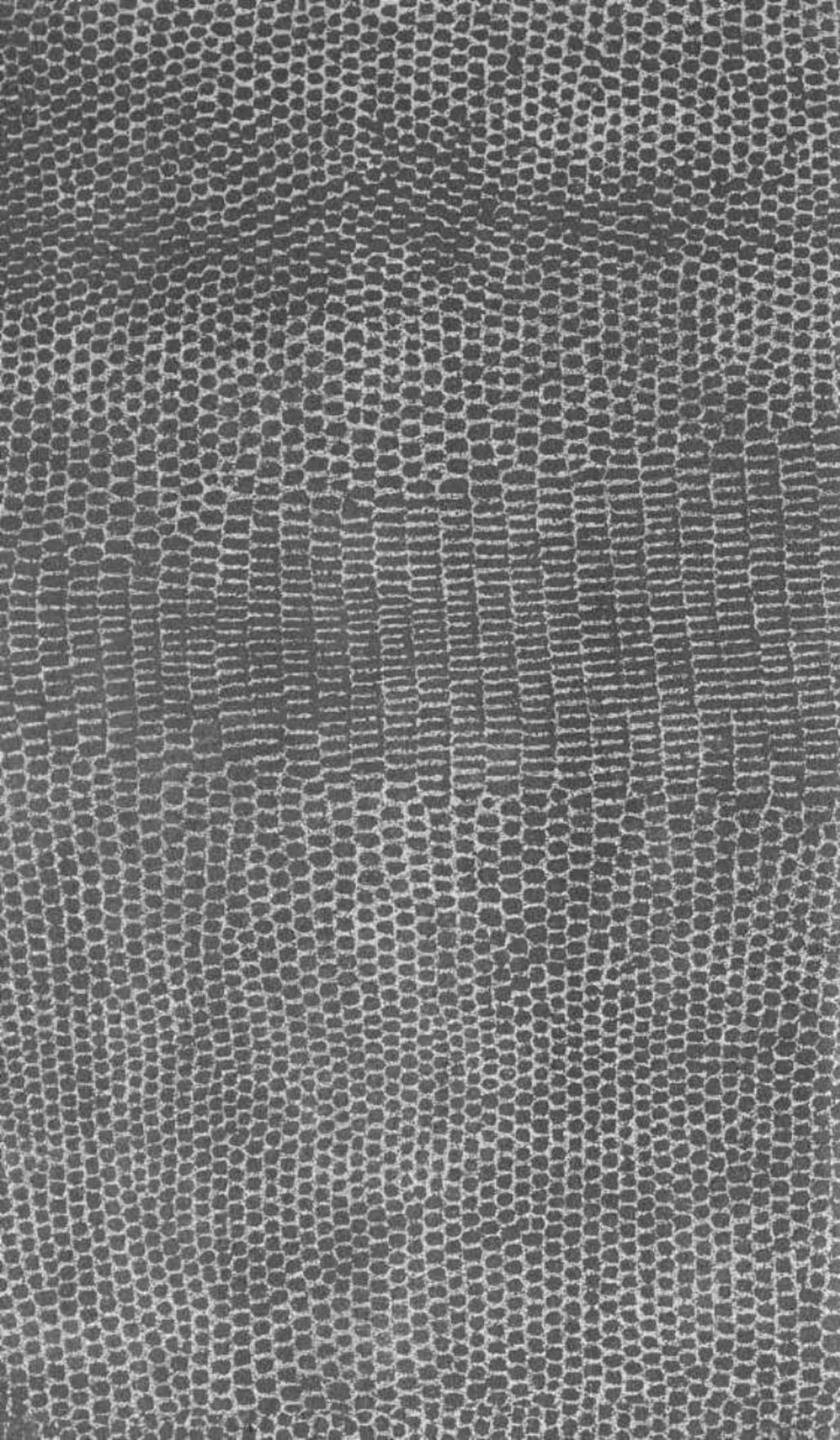
	<u>Páginas.</u>
La Patria de mis sueños.....	5
La Nochebuena del Cid.....	15
¡España!.....	25
Voces de ayer.....	33
Los caballeros del ideal.....	41
Eternidad de Agamenón.....	47
Templo cerrado.....	53
El pescador de estrellas.....	59
Fe de vida.....	65
Joya de Ávila.....	71
El castigo de Eñaltes.....	79
<i>Mors in vita</i>	93
Piedra misericordiosa.....	99
El cuervo.....	105
Inmortal.....	111
Imaginería.....	117
Creación.....	127
Flor de loto.....	133
Prometeo.....	139
El egoísmo.....	145
Luz de la sombra.....	151
La pena de vivir.....	157
Manos blancas.....	169
Canciones de la luz.....	175
Fe y Esperanza.....	183
Sin consuelo.....	189
Los zapatos de la Virgen.....	199
Por amor á España.....	207
<i>Plus ultra</i>	215

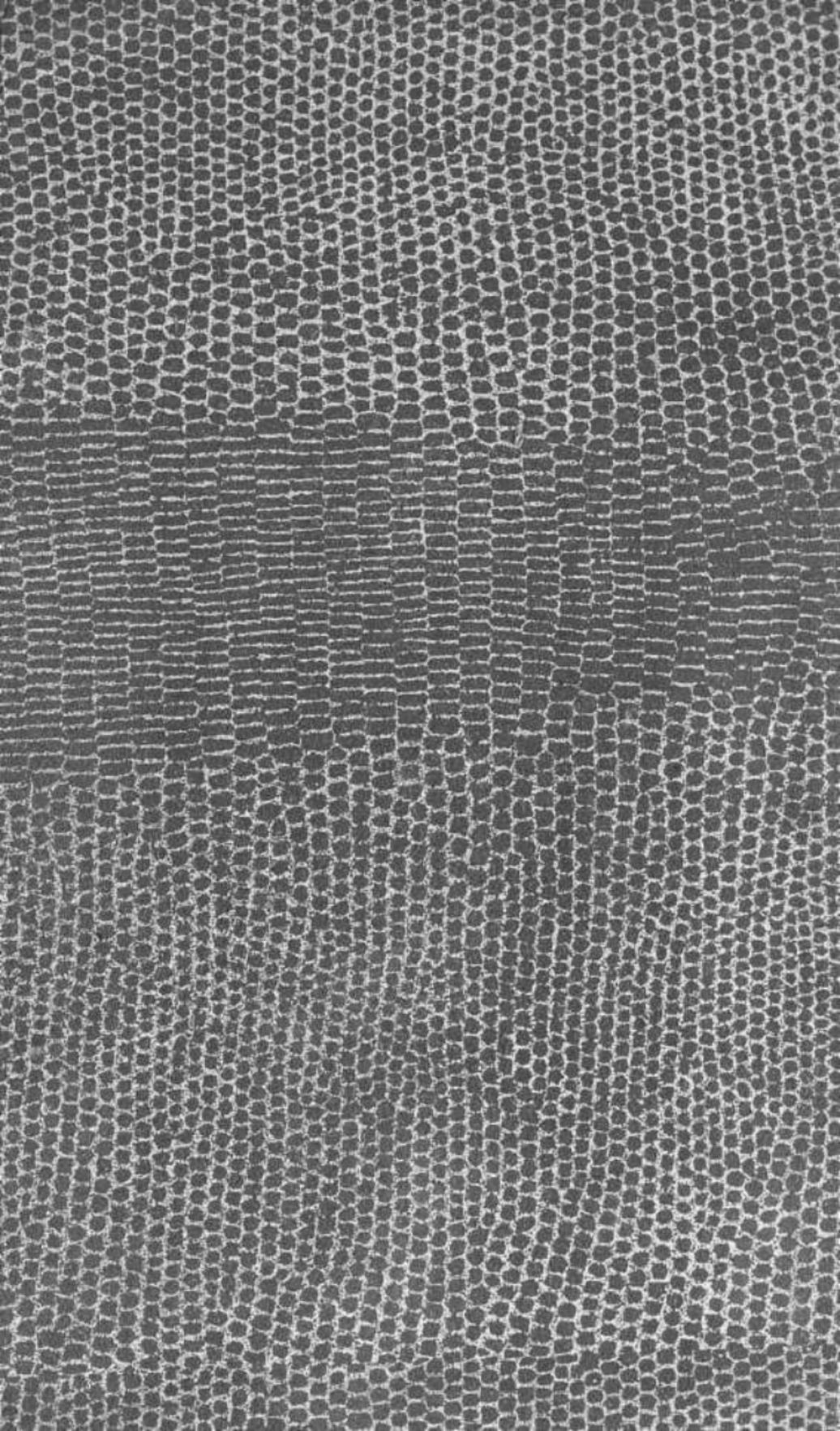


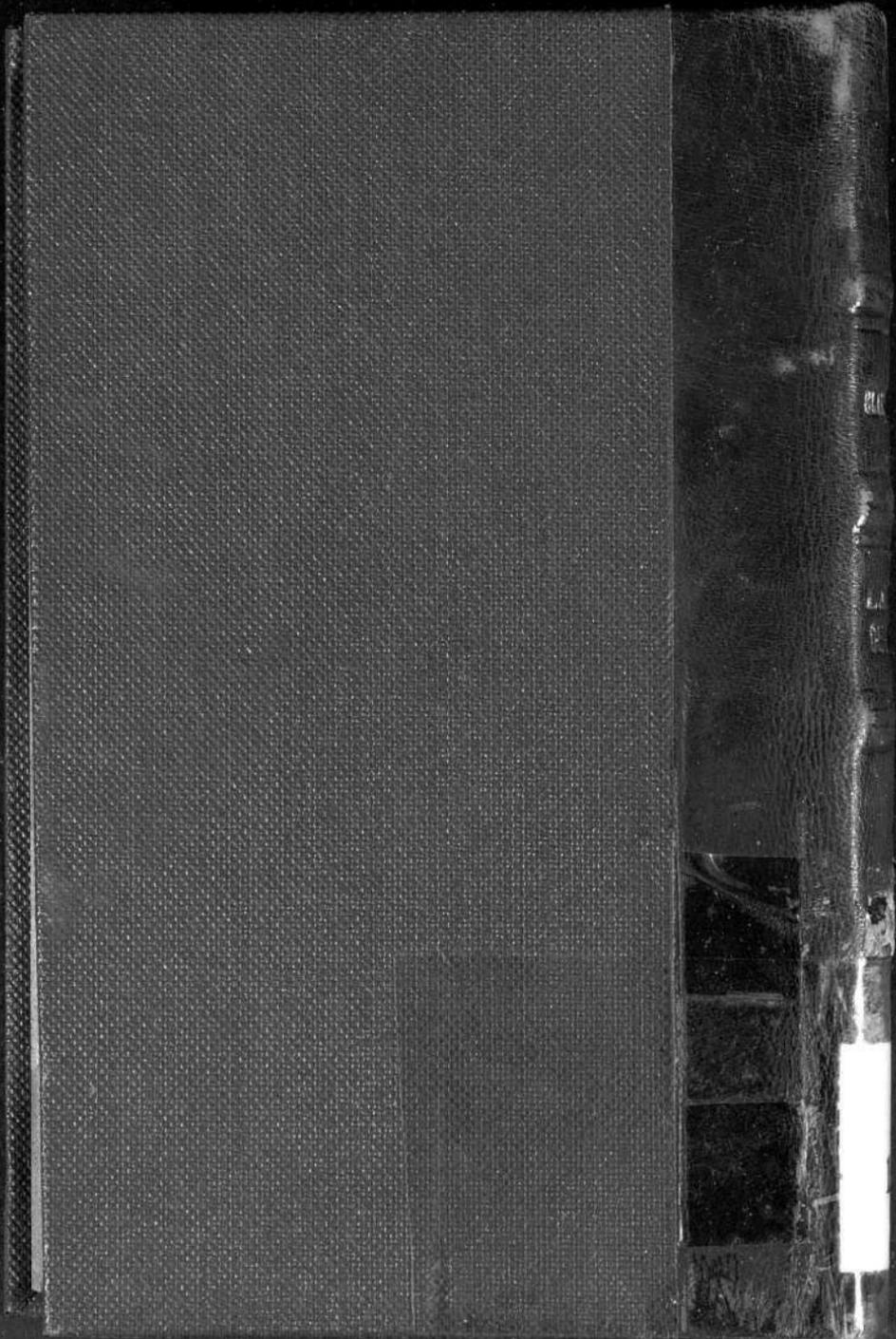
*Acabóse de imprimir esta obra
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»
el día 19 de Diciembre
de 1912.*











FRANCO-BELMONT

LA PATRIA
DE LOS DIAS

D-2
15811